

CARLOS
SALAZAR HERRERA

*Cuentos de
angustias y paisajes
(selección)*

La bocaracá	3
El puente	6
La calera	8
El calabazo	12
El bongo	14
Un matoneado	16
La ventana	19
La dulzaina	20
El mestizo	22
Los colores	24
El estero	26
El curandero	27
La trenza	29
El cholo	30
La saca	32
La montaña	34
Las horas	36
El camino	38
El chilamate	40
Una noche	42
El cayuco	46
Un grito	48
El beso	51
El ocaso del dios Pan	53

La bocaracá

Aconteció en las inmensas soledades de Toro Amarillo.

Allá, una casa rompe la unidad de la selva, y fue Jenaro Salas quien primero arrancó unos árboles para sembrar su áspera vivienda.

Era un galerón de palos cubiertos de corteza, que se asomaba a la orilla de un camino abandonado. En el invierno... una ciénaga; en el verano... un polvazal.

La casucha veíase aún más humilde, bajo la arquitectura de una ceiba, casi tan alta como una plegaria.

Jenaro era un hombre atribulado, porque pensaba que la tierra lo malquería; la juzgó en su contra y quizás por eso, la región a veces lo atormentaba y a veces, también, se reía de él.

Acabó por sentir miedo de la soledad, de las tinieblas y del silencio, y vivió con un temor incesante... no sabía de qué.

De noche tardaba el sueño en llegar a sus ojos, y era entonces cuando la respiración de su mujer y de su hijito, o el chisporroteo de algún tizón que quedara vivo en la cocina, le servían de consuelo o gozo.

En las noches sin luna, una llamita en la linterna tenía el poder de un faro.

Cierta tarde, regresaba Jenaro Salas de su trabajo de montaña, tirando de una carretilla cargada de sirtubas y palmitos. Al acercarse a su rancho, halló en el portón a su pequeño hijito, que lloraba con claros deseos de contar algo que no sabía decir.

Movido por el temor, Jenaro no se ocupó más del niño. Echó a correr y se metió en la casa,.

Pero en la casa no estaba su mujer.

La llamó varias veces. Muy angustiado se asomó por la puerta trasera. Dirigió su vista en todas direcciones, como una brújula agitada; al fin se clavó en el norte, hacia abajo, junto al riachuelo que transcurría a una pedrada de lejos.

Corrió otra vez. Allí estaba su mujer, tendida en el suelo, lívida, inconsciente. Dos de los nudillos de su mano izquierda sangraban. Cerca de ella había una serpiente de unos dos palmos de longitud, con la cabeza aplastada y todavía en convulsiones.

Era una bocaracá.

Jenaro no ignoraba que en aquellos casos, unos minutos malgastados eran de la muerte. No debía perder tiempo en aplicar inútiles remedios caseros, ni en consolar al niño que lloraba, con los ojitos como dos preguntas. Iría a buscar suero contra la mordedura de serpientes, y para hallarlo necesitaba consumir veinte kilómetros de mal camino.

Arrastró a su mujer hasta la casa y allí la dejó tirada sobre un camastro.

Buscó su caballo. Hizo riendas de un cordel. Arrebató un látigo a un árbol. Montó en pelo la bestia y, azotándola en ambas ancas, la echó a correr desenfrenada sobre la grosería del camino.

Echemos atrás y conozcamos lo que había ocurrido:

Tana, la mujer de Jenaro Salas, hallábase aquella tarde en sus quehaceres, cuando vio llegar a su niño dando voces de contento. Había encontrado un objeto raro y de bonitos colores.

Era una serpiente bocaracá. La llevaba cogida por el cuello.

La madre tuvo el valor de ahogar un grito y salir moderadamente al encuentro de su hijito, a pedirle que le diera para mirar aquel extraño bejuco; pero el niño tenía ganas de jugar, y echó a correr vereda abajo, llevando la víbora aprisionada en su traviesa mano.

Ella lo siguió, como jugando, mientras oraba con mudos gritos interiores, para que su niño no fuera a tropezar y caer... o para que no acercara su manita libre a la cabeza de la serpiente.

Logró alcanzarlo, cuando se detuvo a la orilla del riachuelo.

La madre llegó donde su niño, cantando una canción que había olvidado.

Llegó por la espalda de la criatura. La canción se estaba transformando en súplica.

Pudo sujetarlo por las muñecas. La súplica empezó a volverse llanto.

El niño reía. El llanto de la mujer se convirtió también en risa.

Tana extendió los pequeños brazos en cruz, como si fuera una penitencia. Luego fue deslizándose su mano derecha por el brazo de la criatura, hasta llegar a oprimir la manita, para que no soltara la víbora.

Se puso de rodillas. Luego se sentó en el suelo.

Prensó entre sus piernas el brazo izquierdo del niño. Con su mano libre empezó a desdoblarse los inocentes dedos, tratando de sustituirlos, poco a poco, con los de su mano izquierda que temblaba de miedo.

El horror le daba a la mujer una risa espantosa, en tanto el niño reía de buena gana, por aquel divertido juego con su madre.

La víbora, arrollada en los brazos, con su cuerpo verde, negro y oropel, era como una doble ajorca.

—¡Dame ese bejuco!...

—¡Dame esa culebra!...

—¡Dame esa bocaracá!...

—¡No seas ingrato, hijito mío!...

—¡Dame ese demonio!...

Por fin, la cabeza de la serpiente había pasado, sin vaciar sus colmillos, a la mano triunfante de la madre.

El niño empezó a llorar.

La mujer cogió una piedra y con ella, aplastó la cabeza de la víbora.

Al golpear se hizo dos pequeñas heridas en los nudillos de su mano izquierda.

Después...

Después se desbordó el terror forzosamente dominado, y se desmayó ahí mismo, con el espíritu desprendido.

Cuando el espíritu volvió, hallóse Tana tendida en su camastro. Se levantó precipitándose en seguida hacia la puerta de su rancho, y vio a su esposo. Volaba en su caballo.

Lo llamó:

—¡Jenaro!

Lo llamó a gritos:

—¡Jenaro!, ¡Jenaro!...

A gritos desesperados:

—¡No ha pasado nada!... ¡Jenaro!...

Pero ya el hombre había desaparecido detrás de un atormentado nubarrón de polvo.

El puente

El tema musical de aquel puente de madera, era como una llamada amorosa al corazón de la Chela.

¡Un puente de madera que sonaba como una marimba!

Cada vez que el trote de un caballo hacía sonar la tablazón, la Chela se conmovía y sus alegres palpitaciones se confundían con el tableteo.

La muchacha, entonces, se asomaba por la ventana de su casa, y tan pronto reconocía a Marcial Reyes, echaba a correr por el cercado hacia la vuelta del camino, y allí esperaba al jinete.

Ya el potro sabía que era cosa de detenerse y, como si quisiera lucirse en un desplante, se empinaba en dos patas y adornaba la cabriola con un relincho.

La Chela era huérfana y por eso, vivía arrimada a su padrino. Su padrino le dijo un día:

—Si Marcial Reyes te quiere... ¿por qué no viene a verte a la casa?

Y la muchacha:

—¿Acaso es novio mío?

—Entonces... ¿qué es?

—Pos... nada. Amigo.

—¡Mm!...

Una tarde de luna, Marcial Reyes dejó su caballo al cuidado de un árbol de güitite, saltó sobre el alambre de púas y caminó con la muchacha pastizal arriba.

Ola iba como ceñida a unas riendas trenzadas con palabras...

Y en el refugio confidencial de los pedrones negros que rematan la colina, Marcial Reyes besó a la Chela, y la besó, y la besó...

El viento hacía ondas en las espigas moradas de los pastos de calinguero, y en el refugio confidencial, el constante caer y caer de los cuchillitos de un poro enorme, que había crecido junto a los pedrones.

—¡Cuidao vas a contarle a naide nada! —dijo él.

—No.

—¿Me lo juras?

—Sí.

La Chela hizo con sus dedos el signo de la cruz, y lo selló con un beso más, con un último beso.

A partir de aquella vez, Marcial Reyes no volvió a pasar sobre la marimba del puente. Ahora daba la vuelta por el camino de las lajas, y por el camino de las lajas siguió pasando para ir al pueblo.

Por eso, cada vez que un caballo pasaba sobre el puente, el sonido de las tablas repercutía con dolor en el corazón de la muchacha.

El caso de la pobre Chela era un asunto vulgar; y para que fuera más común, cierta mañana de domingo, Marcial Reyes salía de la iglesia y cogida de su brazo, con el velo y azahares de naranjo, la linda Rosario Viquez.

Pasaron algunos meses. Ya no estaba el pastizal de calinguero, pero en el remate de la colina seguían cayendo, cayendo siempre los cuchillitos del poró, acolchando un lecho vacío, protegido por aquellos pedrones mudos, cómplices, inmovibles. Aquellas extrañas piedras como dólmenes... o como menhires.

Y aquel puente sonoro se había vuelto un martirio para la afligida muchacha.

Un día, el cura párroco del lugar, halló a la Chela, mordiendo un cogollito de jocote, sobre el puente de madera.

—Hace tiempos —le dijo— que no vas a confesarte, hija mía.

La muchacha bajó la cabeza.

El párroco insistió:

—¿Por qué no te vas a confesar?

La Chela se encogió de hombros y sin levantar la cabeza, miraba el entablado sonoro del puente.

¡Cómo iba a confesarse, si había jurado... “no contarle a naide nada”!

Una noche tostada de verano, alguien, —nunca se supo quién— le prendió fuego al puente.

¡Qué lástima, un puente de madera que sonaba como una marimba!

La calera

Alguna vez, en lejanas épocas sin historia, el mar había llegado hasta allí. Por eso en el tajo hay fósiles de conchas.

—Buenas tardes, Eliseo.

—Buenas tardes, ñor Rosales. ¿Qué lo trae por estos lados?

—Pues nada, Eliseo; el gusto de saludarlo.

Y ñor Rosales entró en el encaladado galerón de la calera.

Casi todo es blanco: el camino, el puente, el muro, la tranquera, la casa y los troncos de los árboles. En el fondo el escarpado tajo de piedra caliza, con el gris del tiempo. Cuando el sol baja, quiebra sus rayos en las lajas de la escarpa, y los rayos caen despedazados sobre los potreros.

—Hombré, Eliseo... ¿Le compro esta finquita con casa, calera, carreta y yunta?

—No, ñor Rosales, como va a crer...

—Vea, Eliseo, yo soy hombre de poco platicar. Le doy sesenta mil pesos, billete sobre billete.

—No, ñor Rosales. La oferta es buena, pero ni me haga juerza porque no la vendo.

—¡Ah!... ¡Qué Eliseo tan encariñado con esto!

—Asina soy yo, ñor Rosales.

—Bueno, Eliseo. ¿Qué vamos' hacer? Voyir haciendo viaje, pues.

—Bueno, ñor Rosales, que Dios lo lleve con bien.

Y el viejo salió del encalado galerón de la calera.. Casi todo es blanco.

Lina, la joven esposa de Eliseo, es también blanquísima de piel. Muy bonita es Lina. Su pelo castaño tiene reflejos de horno encendido, y sus ojos son verdes, como las hojas tiernas de los naranjos.

No se sabe por qué, empezó a llegar por ahí la Cholita. La Cholita es ahijada de ñor Rosales. Tiene el color moreno; sus ojos son negros y el pelo negrísimo. Así es la Cholita.

Cuando Eliseo quemaba piedra en el horno, ella estaba ahí, estorbándolo con preguntas inútiles. Cuando Eliseo guiaba sus bueyes, ella se subía a la carreta y buscaba entre las piedras fósiles de conchas.

Cuando Eliseo minaba el tajo, la Cholita estaba ahí, con los brazos cruzados por la espalda, erguida, mirando a los picapedreros.

Y lo grave era, de todo aquello, que el magnífico contraste que hacía aquella muchacha tan morena, en el fondo terriblemente blanco del paisaje, empezaba a gustarle a Eliseo.

—¿Por qué no te vas pa tu casa, Cholita?... Déjame trabajar.

—¡Ah!... Qué don Eliseo...

Al venir la noche, llegaba el calero a su casa y miraba a su mujer. Blanca, muy blanca, con los ojos verdes y el pelo castaño claro. Después pensaba en la Cholita. Morena, quizás demasiado morena, con los ojos negros y el pelo carbón brillante. Luego pensaba en el paisaje. Blanco el tajo, blancos los troncos, y la casa y la tranquera

y el muro y el puente. Las trochas blanqueadas con el polvo de cal que se derrama al desbordarse de las carretas... y el rojo blanco de las calcinaciones.

Y la esposa:

—Decime una cosa, Eliseo: ¿Por qué la Cholita de ñor Rosales se pasa metida en la calera?

—Yo qué sé.

—S' está poniendo muy guapa la Cholita. ¿Verdá, Eliseo?

—Yo que sé.

—¿Te gusta, Eliseo?

—Yo que sé. ¡Yo qué sé! . . . ¡Ah carambas!

Y el marido terminaba por salir al corredor de su casa, para sumergir sus ojos en la negrura de la noche.

Una mañana, Lina resolvió visitar a su vecino.

—Buenos días, ñor Rosales.

—Buenos días, mi'hijita. Pase adelante y se sienta.

—Muchas gracias. Aquí no más... Vea, ñor Rosales, vengo a...

No hallo cómo decirle... Es por el bien de su ahijada. Usté sabe, ñor Rosales, es una muchacha tan joven y tan bonita...

—¡Ay señora, no me diga más! ¡Viera cuántos disgustos m' está dando esa confisgada muchacha! No hay modo de que tenga juicio. Sí, sí; ya sé, ya sé. Se pasa metida en la calera de Eliseo. ¡Achará!... ¡Una muchacha tan bonita, tan engreída y tan hombrera. ¿Verdá? Después le pasa algo... ¡Ah! ¡Qué muchachas las de hoy en día! En mis tiempos...

—Bueno, ñor Rosales, si ya usté lo sabe, usté sabe lo que tiene que hacer. Y dispéñeme, ñor Rosales, que dejé el arroz en el fuego.

—Bueno, m'hijita. Muchas gracias por advertírmelo. Yo voy a platicar otra vez con esa vagamunda.

—Pero no le diga que yo le dije...

—No tenga cuidao, m'hijita, que yo nunca miento nombres porque no me gusta meter a naide en enredos. Démele saludes a su maridito.

—Gracias, ñor Rosales. Ahí perdone.

Y el pícaro viejo escondía su risa.

Lina salió muy triste de la casa de ñor Rosales, porque comprendió que nada había ganado y mucho había perdido con aquella tontería de visita.

Un día luego, frente al pabellón plateado de la escarpa, destacábase lindamente la silueta de la Cholita.

Eliseo la acertó a mirar, y por un instante pensó que si Lina estuviera parada allí, la blancura del tajo la hubiera absorbido, hasta confundirla con las piedras.

—¡Quilate de ahí, muchacha, que hay una carga de dinamita!

Eliseo echó a correr, llegó hasta la Cholita, la cogió de una mano y casi arrastrándola la metió con él en una gruta del peñasco. Reventó el explosivo y hubo una lluvia de piedras.

El calero, en la gruta blanca, tenía a la muchacha en sus brazos, sintiendo en sus manos encaladas el fogoso respirar del pecho agitado.

Era como si hubiese hallado un diamante negro entre la ferocidad blanca de la escarpa angulosa y llena de fósiles de conchas.

—¡Andá vete! Ya pasó el peligro, Cholita. ¿Por qué no te vas?

—¡Ah!... Qué don Eliseo, pues porque usted no me larga.
—¡Andá vete! ¡No te quiero! ¿Oyís? ¡No te quiero! ¡No me gustás?
Y le llenó la cara de besos.

Cuando ambos salieron de la gruta, encontraron a Lina frente a ellos. Parecida estaba a una estatua de cal. Sus ojos fulguraban.

Nada dijo. Dió media vuelta y se marchó.

Al apagarse el día hallábase Lina en el corredor de su casa, haciendo los ruedos a unas sábanas de lienzo. Algunas veces miraba la cumbre del tajo y después hacia el otro lado, la aguja de la iglesia de Patarrá.

Lina adora a su marido, aún cuando la blanca serenidad de su temperamento se niega a manifestarlo con zalamerías ternuras. Lo quiere, porque Eliseo es todo un hombre y sufre y se angustia porque sabe que su marido es muy capaz de querer a dos mujeres al mismo tiempo y con la misma intensidad.

Pero Lina no estaba dispuesta a dividirse con otra. Ella fué siempre como la piedra caliza, fría, inmóvil, adherida a la roca. Pero ahora, había sido calcinada en un horno ardiente de celosas llamas, que la transformó en cal viva, con el fuego blanco acumulado.

Esperaba que Eliseo viniese a derramar sobre su blancura cáustica un chorro helado de reproches por haberlo espiado... o de indiferencia.

Entonces ardería ella, aún cuando tuviera que abrazarse en su mismo fuego, hasta quedar convertida en un puñado de cal apagada.

Llegó su marido.

Blanca la esposa. Blancas las sábanas. Blanco el corredor. No había en su mujer un contraste que la destacara de un fondo siempre igual.

En cambio la Cholita era una nota negra y brillante, que lucía de un modo raro, seductor, extraordinario... como una estrella negra en un cielo blanco.

Eliseo pensó que su mujer no tenía la culpa de ser tan blanca, y pensó que la blancura del paisaje estaba destruyendo a su esposa.

Esperó que ella hablara, pero ella nada dijo. Levantó la cara con una leve sonrisa y lo miró esfumado, a través de sus lágrimas. El dijo con amorosa ternura:

—¡Que bonitos son tus ojos!

Ella bajó la mirada y continuó hilvanando los ruedos en las sábanas de lienzo.

Lina esperaba algo así como un chorro de agua fría, pero fueron solamente cinco gotas de agua tibia: “¡Qué bonitos son tus ojos!” Y agradecida y pacificada se prodigó en su silencio triste.

El sol bajo, quebraba sus rayos en las lajas de la escarpa. De tarde en tarde se oían explosiones de la dinamita rompiendo la cantera y después... una cadena de tumbos que arrastraba el viento sobre la cordillera.

A cada estallido, rodaban aquellas angustiosas gotas que tenían en sus lagrimales, las hojas tiernas de los naranjos.

Esta última noche, fué Eliseo a buscar al viejo.

—Buenas noches, ñor Rosales.

—Buenas noches, Eliseo. ¿Qué anda haciendo por aquí a estas horas?

—Pues... venía a ver, ñor Rosales, si todavía está dispuesto a comprarme la calera.

—¡Ah!... Qué Eliseo este más raro. Pues... hablando s'entiende la gente. Le antepongo que ya casi me había olvidado de eso. Pero, la verdá, hora que usted viene a

mentarme lo del trato, puede ser que nos entendamos. Le advierto que ya no tengo tanto interés y di una vez le digo que ya no le doy los sesentamil pesos que le dije. ¿Fueron sesentamil, verdad? Sí, sí, sesentamil. ¡Mucha plata! ¡Je, je!...

Usted sabe... Si me hubiera cogido la palabra cuando se la ofrecí...

—Bueno, ñor Rosales, y... ¿cuanto me ofrece ahora?

—Vea, Eliseo, yo soy un hombre de poco platicar. Si usted quiere que tratemos le doy cincuentamil.

—Está bien. ¡Llévesela!

—¡Ah!... ¡Que Eliseo este tan precisao! Pues si quiere mañana vamos onde mi abogao. Y... dígame, mi amigo, ¿Por qué se decidió a vendérmela?

—Es que quiero comprar en Higüito una finca... ¡con una carbonera!

Ñor Rosales extendió a Eliseo su mano derecha, mientras con la izquierda encubría una sonrisa imprudente que se le vino a la cara.

El calabazo

Un día cualquiera, Tito Sandí abandonó su hogar.

Dejó un papel:

“Me voy, no me busquen. Los quiere, Tito.”

Hubo muchas conjeturas entre los vecinos.

“¡Qué extraño! Un hombre tan bueno, tan trabajador, tan cariñoso con su familia. ¿Otra mujer?... ¡Imposible! Tito Sandí adora a su esposa y a su parejita de niños. ¿Qué pudo haber pasado?”

Zoila, la esposa de Tito, quedó abatida; no obstante se hizo cargo, con ingenio y diligencia, de la administración de unas cuantas manzanas de tierra que dejó su marido, las cuales producían lo suficiente para vivir.

Hecha de adobes, troncos y tejas, en el regazo de una colina, estaba la casa, cuya fachada daba al Poniente. En los atardeceres de marzo, el sol veíase del tamaño de una rueda de carreta pintada con minio, y llenaba la casa de armonías cromáticas; colores planos, audaces y cálidos, como los cuadros del pobre Gauguín.

Y el tiempo pasó, y pasó a grandes zancadas, dejando huellas permanentes en las cosas y en los sentimientos; y desde que Tito se fue, cinco veces el verano derramó colores sobre la casa, sin que se tuviese noticias del ausente, hasta que, cierta calurosa tarde, llamó a la casa de Zoila un hombre desconocido. Era un hombre tranquilo, algo viejo y algo enigmático. Parecía un santo de madera con todos los surcos de la gubia; una figura de caoba que hablaba, que hablaba despacio, muy despacio, en voz baja y con frases cortas, separadas por silencios angustiosos.

—Buenas tardes... ¿Es usted la señora Zoila de Sandí?

—Pa’ servirle.

—Gracias, igualmente. Yo me llamo Juan José Zárate, amigo de su esposo Tito Sandí.

—¿De veras? ¿Sabe usted donde está él?

—Sí, Señora.

—Pase adelante y se sienta, tenga la bondad.

—Gracias... ¡Qué calor est’ haciendo!

—Mucho, sí señor.

—...Todos tenemos penas en esta vida. ¿Verdad?

—Sí, mas hay que tener paciencia.

—Así debe ser. Pero mientras haya salud...

—Eso es lo principal.

—...¿Que tal están sus chiquitos?

—Muy bien, a Dios gracias.

—Se llaman Tito y Zoila, como ustedes, ¿verdad?... Me lo dijo su esposo... ¡Uf!... ¡Qué calor!

—¿Quiere un vaso de agua?

—No, Señora. Muchas gracias.

—...Pero, ¿donde está él?

—¿Quién?

—Tito Sandí, mi marido.

—¡Ah!... Sí... Muy lejos, por onde llaman Curridabá... Se quedó allí... Allí quedó.

—Y dígame, ¡por amor de Dios! ¿por qué no viene?, ¿por qué no me escribe?, ¿Porqué nos abandonó?, ¿qué hace?, ¿que tal s'encuentra? ¡Cuénteme algo d'él, pronto, por favor! ¿No sabe que hace cincuaños m'estoy muriendo por saber algo de Tito?

El ambiente estaba como saturado de sensiblerías.

Juan José Zárate, con los labios apretados, levantó despaciosamente la cabeza y se puso a recorrer con sus miradas las vigas del techo. Tornó a bajar la vista y, sin mirar a Zoila, dijo con voz más lenta aún, casi en secreto, con frases cortas y siempre separadas por silencios angustiosos:

—Hace tres días... se murió Tito Sandí. Murió... murió leproso... Poco antes de morir me contó que cuando supo que estaba... así, abandonó la familia pa'no pegarle l'enfermedá... Dicen que se pega, pero no es cierto. Tito que dijo qu'él cre que hizo bien. Que no le contó nada a usted, porque usted no lo hubiera dejado irse. Que a la par d'él, siempre hubieran vivido ustedes con miedo... Me dio las señas d'esta casa, y me pidió que viniera a contárselo todo. ¡Ah!, y que no les manda nada, porque no tiene nada que mandarles. Después me dijo una cosa muy rara... y muy bonita:

“Que si pudiera mandarles algo, sería un calabazo llenito de lágrimas.”

Cuando Zoila de Sandí se descubrió la cara, que había ocultado entre los pliegues de su delantal, ya Juan José Zárate se había marchado, sumergido en un ocaso como nunca.

El bongo

—Eh, bonguero!... ¿Para dónde va?

—¡A las salinas de Jicaral!

—¿No hay lugar para mí?

—¡Cómo no, mi amigo!... ¡Venga!

¡Un bongo!... ¡Y qué parecido es a un cuento!

Un bongo es una pequeña embarcación de velas, en donde caben apenas unas cuantas personas. El casco es hecho de una sola pieza, labrada golpe a golpe, a fuerza de hacha y azuela, de un gran tronco de espavel.

Un bongo es para aguas mansas.

Un bongo no se puede aventurar a mar abierta, como los grandes navios, en donde cabe mucha gente y pasan muchas cosas en sus largas travesías.

Un bongo no puede perder de vista la tierra, porque a pesar de todo, sigue siendo un árbol.

En vela cangreja y trinquete pintan colores las puestas de sol; y por las noches, mástil y botavara, pico y tangón, ensayan nuevos dibujos entre las constelaciones.

Aquel bonguero era un buen viejo sesentón. Macizo por fuera como una quilla. Transparente por dentro, como una vela.

Hacía servicio de cabotaje en el Golfo de Nicoya.

Pitahaya, Jicaral, Lepanto, Chomes y Paquera... Sal, arena, carbón, plátanos, mangle, cocos y tamarindo.

Por hacer una caridad, había recogido a una chiquilla que quedó sola cuando murió su madre, una parienta lejana del bonguero. Desde entonces, se había dedicado a cuidar a sus dos amores: el bongo, y su hija adoptiva, Natalia, quien siempre lo acompañaba en sus navegaciones.

—Y, ¿dónde está Natalia? —le pregunté.

El bonguero bajó la cabeza con enorme pesadumbre, y me pareció que estrujaba un remordimiento con la mano.

—Se ahogó... Se me ahogó aquí, en este mismo golfo. No hace mucho... Yo tuve la culpa. ¡Viera cómo he sufrido!

Veamos lo que le pasó al bonguero:

Un día, con la pleamar, hacia la madrugada, el bonguero levó el ancla y soplando noroeste, rayó el golfo hacia Puntarenas.

Fue un mal día. A la altura de Chomes lo aprisionó una calma y estuvo varias horas a merced de la corriente. El bonguero iba al timón y Natalia en el banco de proa. Entre uno y otra había un cargamento de plátanos currares.

No sé podía hacer otra cosa sino esperar.

El bonguero había observado que Natalia... ya no era una mocosa sin importancia. Había notado en la muchacha, con cuánto pudor bajaba su falda cada vez que en un sur fresco descubría sus muslos, y había adivinado, bajo las velas... ¡cómo iban madurando las limas en el limero!

Aquel día, aprovechando la calma, le dijo:

“Natalia, ya no sos una chiquilla y... yo no soy tan viejo. Te he recogido, te he cuidao y te he querido mucho. He pensao, este... he venido pensando que si sos agradecida y... me querés un poquito, bueno, el Padre Raimundo me dijo que no hay impedimento para que nos casemos y...”

“¡No quiero!... ¡No puedo, tata! —lo interrumpió ella—. Yo lo quiero a usté... mas de otro modo. Se lo agradezco, pero...”

“¡No hay pero, Natalia! —gritó el bonguero cambiando de maneras—. Yo te he cuidao pa mí, y ya lo tengo todo arreglao. Mañana vas conmigo a l’iglesia. ¡Ah!..., y no me llares tata. ¿Entendes?”

No se habló más del asunto.

El bonguero echó el ancla en un bajo fondo, y esperando, esperando vientos favorables, se quedó dormido en el banco de popa. Cuando despertó, no estaba Natalia en el bongo.

El resto del día y toda la noche la estuvo buscando en el oscuro golfo. “¡Natalia!... ¡Hijita mía!...”

Y no la vio más.

Una negra ave marina, muy alto, se mantuvo inmóvil largo rato, como un ancla suspendida en el espacio. Luego estilizó un descenso, fondeando la inmensa inmensidad del cielo.

El bonguero me miró y dijo:

—A Veces salta el agua, como ahorita, ¿sabe usté? y le pringa a uno la cara, y uno no sabe si está llorando, porque... la mar y las lágrimas son aguas saladas.

—Dígame —pregunté al bonguero—: y Natalia ¿sabía nadar?

—Como un peje.

—Y, cuénteme: ¿no tenía novio?

—No, que yo sepa... A veces la veía con Jacobo, un buen muchacho que me ayudaba a cargar el bongo.

—Y ¿dónde está Jacobo?

—Por esos días me había dicho que se iba a trabajar a Punta Quepos y desapareció sin decir nada.

Y después de una breve reflexión, con los ojos muy abiertos y un nuevo tono en la voz, añadió:

—¡Hombre!... ¡No había pensao en eso! —Y luego, sonriendo dulcemente, con la cara salpicada de mar... o de lágrimas—: Bueno, si es así... ¡que Dios la bendiga, pues!

En el corazón del Golfo de Nicoya, cayó de pico un alcatraz y levantó la cabeza con una corvina. Otro alcatraz, volando a ras del agua, le arrebató el pescado y huyó hacia los manglares.

Un matoneado

Ya nada tenía que pensar. Todo estaba pensado ya.

Eran las cinco y media de la tarde.

Gabriel Sánchez, escondido en el matorral, abrazando su carabina, acechaba la vuelta del atajo por donde solía pasar todos los días Rafael Cabrera, a las seis de la tarde, cuando iba para su casa.

¡Todo estaba pensado ya!

Gabriel dispararía, distante a ochenta pasos largos del corte caminero que da la vuelta al Cerro de los Pavones.

Allá, el camino solitario y confianzudo.

Aquí, el matorral encubridor y agazapado.

Por allá pasaría Cabrera.

Por aquí dispararía Gabriel.

“¡Las pagarás todas juntas!”, habíase dicho, y estaba dispuesto a cumplir su palabra.

Algún tiempo atrás, en una armería cualquiera adquirió la carabina, cuya posesión mantuvo ignorada para todos, oculta en la montaña, bajo unas cortezas impermeables.

¡Todo estaba pensado ya! No cometería torpeza alguna que pudiera delatarlo. Para eso había calculado todos sus proyectos hasta la saciedad.

Y ahora, sentado sobre los talones, acariciando el arma, esperaba y esperaba, sin apartar la vista del recodo del camino.

Había decidido matonear a Rafael Cabrera, y para matonearlo estaba allí, inmovible, como un monolito.

“¡Las pagarás todas juntas!...”

Escondíase, grande y rojo, el sol de marzo.

Por fin, allá, al despuntar la vuelta del Cerro de los Pavones, con un fondo luminoso de celajes, apareció la silueta del otro.

Gabriel miró su reloj. Eran las seis en punto de la tarde.

¡Cumpliría su palabra!... Ya era cosa de unos segundos.

Entonces empezó a oír apresuradamente sus palpitaciones, y se enojó con su débil corazón.

Frente a él, a dos palmos, vio un racimo sazón de moras; arrancó unas cuantas y se las echó a la boca. Luego las escupió... porque no eran moras.

Aquél había llegado al lugar elegido para matarlo.

Éste se puso la culata al hombro, sostuvo el resuello apuntando con toda precisión... y disparó. El eco repitió el carabinazo.

Aquél se llevó las manos al pecho y cayó violentamente, rodando luego por un pequeño declive, donde quedó boca abajo, hundido en el polvo.

Gabriel Sánchez se alegró de haberlo matado, y comenzó a realizar su plan de regreso.

Bajó por un despeñadero hasta la orilla del río, en cuya profundidad arrojó la carabina. Halló luego la canoa, que días antes había escondido entre las breñas de la ribera, y la puso a flote.

Remó. Remó usando toda la fortaleza de sus músculos, para librarse, bien pronto, de tan franca cortadura.

Alcanzada la ribera opuesta, abandonó la canoa a la voluntad del río y se meió en la selva.

Ahora iba lento y sosegado, como si nada hubiera ocurrido. No pensaba siquiera en lo que había hecho. Eso lo dejaba para después.

Un pájaro bobo lo siguió largo rato, saltando de árbol en árbol, hasta que se volvió cansado de aquel hombre sin importancia.

El hombre sin importancia acabó de atravesar la selva y salió a un campo de pasto; después al camino carretero, ancho y sabroso.

Llegó a su casa, regocijadamente. Nadie había. Envolvió una toma de picadura de tabaco en un recorte de papel amarillo y le dio fuego, chupándolo hasta colmar los pulmones.

¡Nadie lo había visto!

Echóse sobre una hamaca y sopló una columna de humo.

Entró la noche.

Fue cuando se dio a gustar la venganza a su sabor, gozándose del acierto de todo, y de su dominio contra la flaca naturaleza de los nervios.

Necesitó luego fortalecer su conciencia con las poderosas razones que tuvo para matar, llevando a su memoria los motivos que originaron aquel juramento: “¡Las pagarás todas juntas!”

¡Rafael Cabrera estaba ahora muerto!... ¡Él lo había querido!... ¡Se lo había ganado!... ¡No faltaba más!...

Y así, echado boca arriba, con las manos enlazadas debajo de la nuca, estuvo largo rato, desgranando una mazorca de recuerdos viejos.

De pronto, recordó que él solía ir por las noches, a esas horas, al comisariato del chino Acón, donde llegaban a conversar los peones y patronos de las haciendas vecinas.

La ausencia suya en el comisariato, podría dar lugar a una sospecha. Por otra parte, su hermano no tardaría en llegar, sorprendiéndose, seguramente, de encontrarlo metido en la casa, lo cual originaría una pregunta que resolvió evitar.

Era preciso considerarlo todo. Hasta los más despreciables detalles, ahora y en el futuro, podrían ser una imprudencia.

Entonces Gabriel comprendió que, en cierto modo, había perdido su libertad.

Se dirigió al comisariato del chino Acón, igual que todas las noches, a charlar un rato con los peones.

Allí, posiblemente se comentaba ya el asesinato de Cabrera.

Gabriel debería escuchar la noticia con asombro. Quizás reprocharía indignado el crimen. Quizás agregaría luego con fingida tristeza: “¡Pobre señor Cabrera!... ¡No hay derecho para matar!...

Iba caminando a paso lento, bajo la noche y entre los grillos.

Resolvió desembarazarse en el camino de un fardo de cosas por pensar, pero la carga se le hizo más pesada con una angustia, que no supo por qué, se le encajó encima. Perdía la serenidad conforme se acercaba al grupo de sus amigos.

Tuvo la impresión de que llevaba marcada en el semblante, la tremenda verdad que quería encubrir. Tuvo el temor de que sus propios ojos lo fueran a delatar. Sintió miedo

de que él mismo, inesperadamente y contra su propia voluntad, fuera a contarle todo, víctima de una turbación.

Quiso arrancarse de golpe aquellas inquietudes... pero ya no pudo. Nuevos temores se le incrustaron en el cerebro.

“¿Alguien vería el humo de la pólvora?... ¿Alguien lo miraría bajar por el despeñadero? ¿Arrojar la carabina al río? ¿Remar en la canoa? ¿Echarla a la deriva? ¿Atravesar la selva? ¿Cruzar el pastizal?... Aquel pájaro bobo que lo siguió largo rato, ¿sería capaz de contar algo?

Y se echó a reír; luego se asustó de oírse riendo.

“No, nadie lo sabía. Todo fue un acierto. ¡Era preciso matar!... Y ahora Rafael Cabrera es un cadáver, tirado en la vuelta del Cerro de los Pavones.”

Miró el reloj. Eran las ocho recién pasadas. Y echándose las manos en los bolsillos con aire indiferente...

Entró en el comisariato del chino Acón. El comisariato del chino Acón estaba lleno de gente. Gabriel saludó a los muchachos rozando con sus dedos el ala del sombrero, y se fue a sentar en un ángulo de la tienda, sobre unos cajones con mercaderías. Encendió un cigarrillo y, al levantar la vista, notó que varios peones lo miraban con marcada insistencia. Un hervor de sangre le recorrió, atropelladamente, todo el cuerpo.

Observó que entre todos los peones se había hecho un silencio lleno de crueldad. A las miradas de aquéllos, se unieron las de otros, y otros, y otros más.

Tembló.

Se le helaron las manos y comenzó a sudar.

Algunos hombres comentaron algo en voz baja, mientras lo miraban de soslayo con aire misterioso. Después... ¡nada!... Se oía el silencio.

Gabriel creyó necesario sonreír. Fue una risa dolorosa, estrujada por el miedo. Notó que le temblaban los ángulos de la boca. Se dio cuenta de que no tenía fuerzas para hablar ni para moverse: que no tenía valor, ni siquiera, para quedarse allí mismo, inmóvil. El Jefe Político acababa de entrar, y Gabriel Sánchez pudo oír que dos o tres veces le decían sucesivamente:

—A usted le toca decírselo.

El Jefe Político se adelantó con paso lento en dirección a Gabriel, seguido de algunos hombres. En aquel momento, Gabriel reaccionó... ¡Lo negaría todo! Además, nadie podría probarle nada porque... ¡no hubo error alguno! ¡Estaba seguro! Levantó la cabeza y se llenó de magnificencia.

—Gabriel —dijo el Jefe Político—, venga usted conmigo.

Y ya afuera del comisariato, con voz piadosa:

—Hará poco más o menos dos horas, matonearon a su hermano en la vuelta del Cerro de los Pavones.

La ventana

Él dijo, en una carta, que aquella noche regresaría... y aquella noche, ella estaba esperándolo.

Sentada en una banca de la salita, de rato en rato, desde la ventana, hacía subir una mirada por la cuesta...hasta la Osa Mayor.

Las casas, enfrente, blanqueadas con cal de luna, estaban arrugadas de puro viejas.

A veces, las luciérnagas trazaban líneas con tinta luminosa.

El viento venía sobre los potreros cortando aromas de santalucías, y entraba fragante por la ventana... igual que el gato de la casa.

Del filtro de piedra caían las gotas en una tinaja acústica. Caía una gota y salía una nota... Caía una gota y salía una nota...

Sobre los tinamastes del fogón, el agua del caldero cantaba como nunca.

Un San Antonio guatemalteco, se había puesto negro de tanto tragar humo de culitos de candela.

La llama sobre el pabilo daba saltos sin caerse. Era un duendecillo de fuego... Pero al fin, un gatazo de viento se metió por la ventana... y lo botó.

La mujer se fue para la cocina, le robó al fogón un duende y, protegiéndolo con una mano, volvió a la sala.

En aquel momento, entró él.

El nuevo duendecillo proyectó en la pared un abrazo inmenso.

—¿Qué querés?... —dijo ella cuando pudo hablar.

—Dame un vaso de agua de la tinaja.

Hacía... ¡siete años! que tenía ganas de beber un vaso de agua fresca y pura de aquella resonante tinaja, porque allá... donde él había estado tanto tiempo, el agua era tibia y salobre.

Después... se puso a acariciar con sus miradas la salita de su casa. ¡Su casa!... ¡Su hogar!...

Entonces notó que su mujer le había hecho quitar los barrotes de hierro a la ventana...

Y con una mirada, destilando gratitud, le dio las gracias.

La dulzaina

—¡Maldita sea con este hijo inhábil que me ha salido!... ¡Mira que voy a repartir lo tuyo entre tus hermanos! ¡Bota esa... chirimía y trabaja la tierra!

Y es que el gamonal, ñor Bernardo, tenía cuatro hijos varones. Tres de ellos sacaban buen provecho de la tierra, el otro, Miguel, sacaba bellas melodías de su dulzaina.

Ña Felipa, mujer de ñor Bernardo y madre de los muchachos, recordaba, una vez más, que en la casa de sus padres era cosa hereditaria la afición por la música. Sus hermanos, sus tíos, abuelos y bisabuelos, hacían sonar casi todo cuanto caía en sus manos. Tablillas y calabazos, cuernos, pellejos y cañas de bambú se iban transformando en algo que daba mucho gusto a los oídos. ¿Cómo no tener un hijo con la misma sangre?

Miguel, sin embargo, ganaba su dinero; pero lo ganaba a su manera: construyendo marimbas. Marimbas que afinaba con el diapason de su dulzaina, y que dejaba como canto de jilguero.

Cierta vez, en una hacienda ganadera, arrebató el caracol a un vaquero y sopló una nota tan limpia, tan prolongada, tan alta, que rompió las nubes y empezó a llover.

El tocador de dulzaina solía refugiarse en la escondida cumbre del monte, y bajo el ancho silencio de la altura, ensayaba nuevas variaciones en los temas que le regalaban los pájaros. El viento bajaba porciones de melodías, y fue en uno de aquellos regalos, cuando ña Felipa le dijo “que la música de aquella dulzaina tenía... algo así como un color azulito”.

Una mañana cualquiera propuso el viejo:

—Mira, Miguel, coge esa montaña junto al río, voltéala y sembrá caña. Si lo haces, te regalo el cañal, la molida y el trapiche.

El tocador de dulzaina, después de pensarlo muy adentro, respondió:

—Está bien. —Y con toda la fuerza de su brazo arrojó la dulzaina al fondo del enmarañado precipicio que se abría a cincuenta pasos de la casa.

Miguel empezó a derribar árboles. Árboles viejos y testarudos que se desplomaron entre roncadas protestas de toda la montaña que, poco a poco, fue renunciando por la fuerza, a su vocación de continuar siendo montaña.

—¡Ese muchacho se va'matar! —suspiraba la madre angustiada, mirando hacia el bajío, por entre los barrotes de la cocina, mientras al amor de dos fuegos calentaba el chocolate para aquel hijo, que era más suyo que todos los otros juntos.

Miguel sacó en trozas la madera gruesa, picó la menuda en leña, hizo una ronda y le dio fuego al charral.

La noche de la quema, pedazos de montaña inflamados subieron hasta el cielo. Se iluminó la serranía y se volvió roja la luna.

A la mañana siguiente, algunos troncos, todavía con llamas prendidas, chisporroteaban entre una humareda olorosa a resinas.

El labrador desarraigó el terreno, lo reventó en glebas, lo regó con su sudor... y por fin, al lerdo caminar de los años, creció gorda y melosa la caña amarilla. Luego

hirvieron las pailas y, entre el vuelo de las abejas, los moldes vaciaron una pirámide de rubias tapas de dulce.

Todo el mundo se había hedió un poco más viejo.

—¡Muy bien, hijo mío! —aprobó el gamonal después de la tarea—. A lo dicho, hecho. Aquí está l'escritura.

Por la noche ña Felipa llamó cautelosamente a Miguel.

—Nunca hubiera creído —dijo— que a mis años pudiera descolgarme hast'el fondo del precipicio.

La dulzaina estaba envuelta en un pedazo de papel celofán que tenía... un color azulito.

El mestizo

—Est'es mi rancho, dentre usté, aquí se acomoda.

Era ya casi la noche.

El hombre encendió una vela de sebo; entonces pude observarlo. Era un mestizo, tipo del costeño rancio, flemático, por el clima demasiado tórrido. Su cara estaba señalada por el látigo del mediodía.

Nos sentamos a una mesa.

—¿Hace mucho tiempo vive usted aquí?

—Cincuaños.

—Pero... ¿No tiene usted mujer?

El hombre se me quedó viendo, huraño y desconfiado. Luego bajó la cabeza.

—Tenía una... ¡Se murió!... No quiero tener otra.

En un rincón había una garrafa. El hombre la subió a la mesa.

—Es guaro'e charral.

Bebimos un trago. Después sólo él seguía bebiendo.

—Se murió... No quiero tener otra.

Entonces empezó a hablar, más bien que relatando, haciendo recuerdos en voz alta.

—Se murió. V'hacer dos años. ¿A ver...? ¡Sí!... Dos años. No era Manuela una buena mujer. Yo estaba encariñado con ella. Pa qué jue tonta. ¡Mi'alegro que se haiga muerto!

El hombre seguía bebiendo.

—Un día jui a Chomes a mercar una mula pa'ir a Orotina a vender peje. Estuve ocho días ajuera. Cuando volví, Manuela er'otra. Yo y ella nos habíamos llevao siempre muy bien. Yo estaba encariñado con ella. Pos jui un día y le digo: "A vos te pasa algo, Manuela, sos otra. ¿Qué tenés? Decime: ¿qué te ha pasao?"

El hombre bebió otro trago.

Por las grietas del rancho entraba la fosforescencia, del mar. Ahora estaba de vaciante, sosegado, quejumbroso apenas. Oíase lejano el chapoteo de una lancha en el desaguadero del Tárcoles y el monótono croar de un sapo.

"No tengo nada, hombre, ¡déjame!"

"Mira, Manuela, no seas así, vos has cambiao mucho. Estás hech'otra."

"Pos... Cad'uno es cad'uno" —me dijo.

—A yo m'entró com'una cólera, pero pa'evitar me quedé callao.

Sobre la mesa chisporroteaba la vela, haciendo una estalactita de sebo. El hombre llenó su jarro.

—Pos un día l'hallé platicando con Juan Lobo. Juan Lobo es un hombre que vivía a media hora de aquí. Ya se jue, quién sabe pa'onde. En la noche d'ese mesmo día, había una tempesta. El mar estaba picao y relampaguiaba con tormenta. Yo salí a meter la mula que había arrancao a juir ahí p'adentro. Cuándo volví hallé a Manuela alistando un motete con su ropa. "¿Idiay... Manuela? ¿Qu'es eso?"

—Yo me acordé qu'ese día la vide platicando con Juan Lobo y se me puso que habían andao en enredos mientras yo andaba en Chomes. "¡Mira, sinvergüenza, vos te vas'ir a juntar con ese hombre!"

—Pos va la maldita y se m'encara y me dice: "Sí, vo'ir a júntame con él. Me gusta más que vos. Cad'uno es cad'uno."

—Está bien —le dije—. ¡Ándate ya! ¡Pero ya!... ¡Si es que puedes llegar!...

—Ella salió pa juera. Los ojos del mestizo irradiaban, y bebía, bebía sin lograr emborracharse, y oprimía con su manaza el cuello de la garrafa como si quisiera estrangularla. En la pared, colgado de un clavo, había un rifle de grueso calibre.

—Cad'uno es cad'uno —roncó el mestizo; y después de una pausa—: ¿Le dije a usted qu'esa noche había tormenta?

El hombre tapó con el corcho la garrafa.

—¡Pos... la mató un rayo!

Los colores

Otra, como tantas veces, llegó Mateo a su casa cayéndose de borracho. Llamó a su mujer y a su hija. Cogió dos cuchillos y se puso a amolarlos, uno con otro, porque le daba placer asustar a la gente más débil que él; después, hundió el filo de los cuchillos en un horcón. Vomitó unas palabrotas y, entre los azules Mamarones del alcohol, dijo lo que muchas veces tuvo ganas de decir:

—¡Ya me aburrí de vos, Antonia!... ¡Tengo... otra mujer!... ¡Ahi te dejo con esa... mocosa!...

Y se fue garabateando su borrachera sobre el polvazal del camino.

Antonia lo miró alejarse y se refugió en los brazos de su hija, quien tuvo el acierto de no decir nada.

“Flor d’itabo”, llamaban a la hija de Mateo y Antonia, porque alguien dijo que “era palideja y amarga como flor d’itabo, y que había brotao entre cuchillos enconosos”.

También, como la flor del itabo, gustaba de los parajes altos, para mirar, hacia el poniente, los trapos multicolores de que se despoja el día.

—¿Por qué, m’hijita, te gusta tanto ver ponerse’l sol?

Y Flor d’itabo trató de explicarlo con la limitación de su lenguaje.

Dijo, a su modo, que le gustaba ver cómo se fundían los colores en el cielo, originando nuevos y variados matices, y que ella poseía la facultad de descubrir armonías cromáticas donde nadie las veía, o que quizás los colores estaban dentro de ella misma.

La madre no comprendió nada de aquello y tuvo miedo por la salud de su hija.

Por ahí cerca estaba la fábrica de carretas de Gabino Sojo.

Flor d’itabo pidió permiso a su madre para buscar trabajo en el taller. Quería... decorar carretas. Quería trabajar en lo suyo, en lo que le salía de adentro, porque su sensibilidad estaba llena de colores.

La fábrica de carretas estaba en una vieja casona, sobre una altiplanicie, desde donde se veía una vasta extensión de potreros, rastrojos y sembrados caprichosamente dispuestos en triángulos, manchas y cuadriláteros, iluminados con los brochazos del sol, como uno de esos seductores cuadros que nadie entiende.

Una veranera roja extendía su sombra violeta sobre el camino amarillo. Flor d’itabo dibujaba nuevas plantillas, coloreando luego laterales y compuertas con trazos estilizados... y todas las carretas se iban llenando de ritmos ornamentales, con dibujos y colores inspirados en las yerbas y en las nubes.

Después, pasaban aquellas carretas como una exposición ambulante de dibujos decorativos, invitando a las gentes con el rítmico cacareo de las bocinas.

—¡Qué bonita carreta!... ¿Onde te la pintaron?

—¿Onde iba’ ser?... Onde Gabino Sojo. La pintó Flor d’itabo.

Y la fama de la decoradora de carretas se había extendido por todo el pueblo, por todos los pueblos vecinos y más allá, mucho más allá, de uno a otro lado, hasta donde verdean los mares.

Otro de tantos días, Mateo resolvió quitarle su hija a la madre, y hacia el atardecer fue llegando a la fábrica de carretas. Iba con aspecto dominante y decidido. Al llegar a la tranquera del taller, vio á su mujer que le llevaba el café a la muchacha.

La llamó.

—Vengo por Flor d'itabo —dijo, sin mis rodeos.

—¿Me la querés quitar?

—¡Sí!

—¡Note la doy!

—¡Es m'hija!

Antonia lo pensó y dijo resueltamente:

—Flor d'itabo no es hija tuya.

Mateo quedó un momento desconcertado. Luego resolvió echarse sobre su mujer para golpearla, pero de pronto se contuvo.

—¿Quién es entonces el tata pa...?

—¡Es hija mía, yo soy el tata! —lo interrumpió la voz de Gabino Sojo que en aquel momento se aproximaba.

Mateo abrió la boca para decir un insulto, pero se arrepintió al mirar que Gabino desenvainaba una larga cruceta.

—¡Mi'alegro! —dijo Mateo cobardemente—. Así no tengo nada que ver con ninguna de las dos.

Y se marchó balanceando los brazos más de la cuenta.

El dueño de la fábrica de carretas y la madre de Flor d'itabo quedaron frente a frente.

—Perdóneme, Antonia —dijo él.

—Gracias, Gabino —dijo ella.

El estero

A la sombra inclinada de un higuerón, Maurilio, con un garrote de guayacán, descascaraba unos palos de mangle sobre una horqueta, después de haber picado en leña una carretada de trozos.

A cuatro o cinco pasos de distancia lo miraba Toño, tumbado boca abajo, sobre la proa de un bongo viejo y desmantelado.

Las astillas del mangle, de un color rojo fuego, parecían pavesas desparramadas sobre la arena.

—¿No te cansas d'estar de vago, Toño?

—No. A veces me canso de verte trabajar, Maurilio.

Algo lejos, sobre una panga volcada bajo un almendro, Oliva sacaba chuchecas de un montón de conchas.

Un escandaloso remolcador tiraba de un tren de lanchones repletos de ganado.

Hacia la Isla de Chira, entre los espacios de unas y otras nubes, pasaban los rayos del sol, igual que el aparejo de un enorme velero fantasma, desdibujado por la distancia.

El estero brillaba rojizo, como una lámina de cobre amartillado.

De rato en rato, Toño arrancaba su mirada de la labor de Maurilio, y la echaba a descansar encima de Oliva.

Maurilio seguía descascarando palillos de mangle.

En aquel ardiente clima, Oliva, así, sentada, acinturadita y morocha, parecía un calabazo lleno de agua fresca.

Maurilio cogió su orgullo y lo puso a un lado.

—Déjamela, Toño, no seas mal amigo. Vos sos muy suertero con las mujeres... Yo no. Vos la querés como a todas, pa burlarte d'ella y desacreditarla. Yo la quiero pa casarme, y pa estimarla toda la vida, hasta que me muera... ¡Déjamela, Toño, no seas mal amigo!

—Pues está bien, Maurilio, me quito. Ya está.

Y Toño se fue para su casa, dejando el puerto franco para que su amigo bogara a todo trapo.

Maurilio terminó su tarea y caminando en dirección hacia Oliva, pasó bajo un molinete en donde se secaba un chinchorro, y alegremente lo puso a girar de un manotazo.

—¡Qué dicha que vino usté, Maurilio —dijo la muchacha—, estaba desiando que viniera!

—Pos aquí estoy pa servirle, Olivita.

—Gracias; pa eso lo quería', Maurilio, pa'que me le lleve un recaio a Toño: dígamele, si me hace el favor, qu'esta noche lo espero en aquella lancha...

Maurilio se vino caminando muy despacio. De pasada, detuvo el molinete que todavía estaba dando vueltas. Llegó al montón de leña. Empujó el garrote de guayacán con el cual estuvo descascarando mangle, y lo arrojó al estero con mucha fuerza... como quien manda al diablo... ¡todas sus esperanzas!

El curandero

En primer término un árbol, desnudo de musgo.

Era un árbol sin vida, en pie. Un enorme viejo petrificado, con más de cien años encima.

Después...

La neblina, una neblina caótica, revolviéndose en su misma densidad, como puede ser la tremenda confusión del alma cuando se le muere el cuerpo.

Una calavera de novillo, tirada por ahí, con las cuencas llenas de agua. Y más allá, casi invisible, la mancha gris de una casa medio destruida por la bruma.

El curandero Constantino se apeó de su muía y la confió al viejo petrificado. Miró supersticioso la calavera de novillo, y como un espectro pasó sin dificultad a través de los muros blancos de la neblina.

—¡Upe!

—¿Quién?

—Tino.

—Dentre.

El curandero empujó la puerta y entró, pintando con miradas las paredes.

—Con su permiso... ¿Onde está Isaías?

—Pase por aquí, Tino. Yo creo que ya está agonizando —contestó la mujer de Isaías.

El curandero se acercó al enfermo, le puso una mano en la frente, le levantó un párpado y miró el ojo.

Afuera estaban los sudarios y la calavera de novillo y los árboles muertos, resistiéndose a desplomarse. Adentro, el cuarto del enfermo estaba lleno de respiraciones, de oídos, de ojos y de silencios llenos de palabras.

—¿Dende cuándo está enfermo? —preguntó el curandero.

—V'hacer una semana.

—¿Cómo empezó?

—Con fríos, vómitos, calentura y una estaca en l'espalda.

—Aja.

—Le yerve el pecho y le cuesta resollar.

—Ajá.

El curandero dio algunos pasos rascándose la cabeza y luego llamó hacia la cocina a la mujer del enfermo.

—Dígame una cosa, Lupe: ¿por qué me mandó recaer a yo pa que viniera a ver a Isaías?

—Si yo no jui la de la idea. Dende que s'enfermó m'está diciendo: "Tráiganme a Constantino. Yo sé que Tino me alivia..." A yo m'extrañó mucho que lo pidiera a usted, que vive tan largo, estando ahí nomasito ñor Lolo, pero, ¿di'onde convéncelo?... ¿Idiay?, ¿yo qu'iba hacer?

De pronto, el curandero alcanzó a ver a dos muchachas como de la misma edad, apiñaditas, como protegiéndose una a la otra, sentadas en un oscuro rincón de la cocina.

—Son... son mis hijas —creyó necesario explicar Lupe—, mis únicas hijas. Las pobrecitas... son guápiles y sordomudas.

Constantino nada dijo. Volvió al cuarto del enfermo y se sentó en la cania.

Lupe, apoyada en la pared, mordiendo la punta de su delantal, pensaba: “Hace veinte años pasó lo que fue, y en consecuencia, aquellas infelices criaturas, gemelas para mayor castigo, eran hijas de Constantino. Nadie en el mundo lo sabía sino ella.” El curandero, sentado en la cama, pensaba: “Hace veinte años pasó lo que fue. Desde entonces se había marchado del lugar y vivía muy lejos, solitario, sin saber nada de aquella familia... hasta hoy. Pero ahora, le estaba rompiendo el corazón la sospecha de que quizás esas desgraciadas muchachas...”

El enfermo se movió, y esta agitación arrancó a Constantino de sus pensamientos.

—Hay que ponerle unos sinapismos en pecho y espalda y darle a oler las siete yerbas —dijo—. Yo tengo la mula ahí ajuera, y voyir a la villa a trer mostaza. Mientras, vaya usted, Lupe, a la cocina y pone a calentar una cobija colorada.

La mujer se fue a hacer lo que le mandaban.

El curandero quedó mirando al enfermo.

Isaías abrió los ojos, y con mucha dificultad le habló a Constantino de esta manera:

—Mira, Tino... No te molestes en hacerme medicinas... Yo tal vez me muero esta misma noche... T’he mandao a llamar pa que te hagas cargo de mi mujer... y de tus dos hijas.

El curandero sintió que se le había caído el corazón y se agachó para recogerlo del suelo.

—Está bien—dijo.

Y cumplió su promesa.

La trenza

Tiene la piel color de tinaja; los ojos negros. Tenía la risa blanca. Es lacia de pelo, gorda de piernas.

Era apretada de nalgas, ligera de paso, y bajo la blusa limpiecita, el temblor de sus dos pechos pintones.

—¡Diantres con esta mocosa! ¿Onde andabas? ¡Coge oficio! ¿Querés?

Entonces Teresa corría a fregar las ollas, mantecosas por dentro, tiznadas por fuera; y mientras cantaba haciendo gorgoritos, y mientras reía con su risa blanca, ya miraba el camino pedregoso, ya tropezaba con el chancho.

Cuando la tarde era buena, a escondidas, se iba a juntar con la muchachería vecina, bajo los arcos del puente.

—¡Diantres con esta mocosa! ¿Onde andabas? ¡Coge oficio! ¿Querés?

Entonces Teresa corría a despercutir la ropa sobre la batea de pochote y, tarareando siempre, la colgaba luego en el alambre de púas o la tendía en el zacatal.

La muchacha era como una alegría que habitaba en una casa.

Pero una vez...

Pero una vez, Teresa dejó de cantar y reír. Sentía algo extraño. No era tristeza. ¡No! Tampoco era miedo. Era... como un susto. ¡Eso sí! Un susto que duraba muchos días.

Iba, entonces, por el trillo del potrero, con la boca abierta y los ojos redondos, haciendo y deshaciendo la trenza larga de su cabeza.

—Es l'edá —había dicho su madre cuando la observó pensativa, acurrucada en la cocina, trenzando siempre los chuzos de su pelo.

Y nadie sabía que Teresa tenía un susto escondido.

—¿Por qué no volviste a cantar m'hija?

Teresa se encogía de hombros y miraba de lejos.

En un alto del terreno está la casa. La ciudad se ve desde ahí, como un reguero de azúcar esparcido allá abajo, en la meseta.

Pasa grande la sombra de las nubes, y a ratos desluce las cristalizaciones.

El tronco de un targuá parte la ciudad en dos.

Corta las hojas el viento que es duro, y las hojas tardan para caer, oscilando.

—¡Déjate ese pelo, Teresa!

—Es qu' esta trenza m' está apretando la nuque.

Y algunos meses después, la comadrona del lugar ayudaba a la muchacha a salir del susto.

Por las noches la ciudad se ve como un montón de estrellas caídas.

El cholo

—¡Malaquías Badilla!...

—¡Isidro Mena!...

—¡Jacinto Alfaro!...

Cantaba el mandador de la finca, y entregaba el salario.

La cuadrilla, olorosa a sudor, recibía el jornal de la semana.

—El Cholo es un desgraciao —dijo en voz baja Miguel Camacho—, me quitó la orilla. Se atiene a qu'es un matón, pero me las va' pagar.

—¡No te metás con el Cholo, Miguel.

—¡Yo no le tengo miedo a nadie!

—Pos y'estás alvertío.

Era sábado. El cafetal había quedado lindamente aporcado por tan valientes paleros.

Al anochecer, toda la cuadrilla habíase reunido en el comisariato. Algunos bebían, discutiendo acaloradamente asuntos sin importancia. Otros jugaban a las cartas y el resto cantaba con notoria desarmonía de voces, acompañado con guitarra y dulzaina.

De pronto, Miguel Camacho, lanzando una maldición alborotó, como a un panal, a toda la peonada.

Estaba borracho y enfurecido. La hoja de su cuchillo había trazado en el aire una interrogación de luz, mientras oteaba entre la concurrencia con fatídica mirada.

—¿Onde está el Cholo? —gritó.

Todo el mundo quedó inmóvil. El Cholo no estaba ahí.

Miguel Camacho había vuelto a gritar:

—¿Onde está el Cholo?

Algunos se acercaron a Miguel.

—El Cholo no está. ¿Pa' qué lo querés?

Miguel había mordido con los ojos al que se lo preguntó.

—¿Que pa' qué?...¡Pa' cortale el resuello!

—Sosegate, Miguel.

—¡Tráigansen al Cholo, qu'es que dicen qu'es tan hombre!

—El Cholo es malo. Mejor qu'evités.

—¡Yo soy más hombre qu'el Cholo!

—¡Tené juicio, Miguel. ¿Vos sos mi amigo?

—¡Yo no soy amigo de nadie! ¿Onde está ese desgraciao?

Miguel Camacho, sordo, ciego y rabioso, se había echado a la calle, cuchillo en mano.

—Como llegu'el Cholo, aquí v'haber un matao.

—Miguel tiene razón. El Cholo le quitó la orilla pa que le aumentaran el jornal.

—¡Ahí viene el Cholo!...

Allá, en lo alto del camino y entre la semioscuridad, veíase su figura atlética y brutal. Entonces se hizo un trágico silencio en toda la peonada. El Cholo acercábase lentamente, chasqueando con deleite un cabo de puro. Miguel apretó el puño del cuchillo y avanzó decidido a su encuentro.

—¡Sacá tu cruceta, Cholo desgraciao, pa' que nos cortemos!
El Cholo detuvo el paso y retrocedió sin dar la espalda.
—¡Defendete o te mato'e cualesquier manera!
Nadie creía en lo que estaba viendo. El Cholo, por primera vez en su vida, evadía una riña, se acobardaba, retrocedía.

Miguel lo hostigó:

—¿Tenés miedo?

La gente esperaba un salto de tigre sobre el adversario. Entonces quedaría un muerto en el camino, y ese muerto sería sin duda el pobre Miguel.

—¡Idiay, Cholo? ¿Onde está el hombre? ¡No seas pendejo!

A lo lejos repetíanse las últimas palabras:

“Cholo”

“Hombre”

“Pendejo”

El Cholo contempló la multitud y, pasándose el reverso de su manaza por la boca como para evitar una sola palabra, volvió la espalda.

Fue entonces cuando Miguel Camacho gritó, orondo y presumido:

—¡Ahi lo tienen, corrió, al más valient'e la pionada!

Entre tanto, el Cholo caminaba hacia su casa, sintiendo en la cabeza, como pedradas, las burlas de toda la peonada revuelta.

Ildefonso Mora había alcanzado al Cholo, y sujetándolo de un brazo le preguntó:

—¿Idiay, Cholo?... ¿Qué ju' eso?

El Cholo lo miró sonriendo.

—¿Sabés qu'es?... Que mi mujer acaba de tener un güilita.

Y en la noche negra brillaron sus ojos como la luz del cocuyo.

La saca

H ay una roca vertical, labrada a triángulos en lajas de pizarra.
Al pie, el río, desaguando mudo, dobla a la inversa la altitud de la roca.
Caen chorros de lo alto que se pulverizan en lluvia menudita.
La humedad pone en las grietas vegetación de helechos gigantes.
Alguna vez, uña laja desprendida corta el soliloquio del agua, y entonces huyen espantados los garrobos.

El río es como una ternura echada en el fondo del precipicio.

Frente al peñasco estaba la “saca” de aguardiente clandestino de Ramón Jiménez.

—¡Qué negocio más riata!

El aguardiente destilaba en hilos y se iban llenando las garrafas.

—¡Chepe! Tre más leña.

La tarde empezaba a tirar serpentinas bajo la niebla de los chorros.

—¡Qué negocio más riata!

—Pero arriesgao.

—¡Qué va! Aquí no llegu’el Resguardo.

—Pos quién sabe...

Y una tarde cualquiera llegó el Resguardo. Eran muchos hombres a caballo. Cayeron como una plaga de langostas y se llevaron el alambique, las garrafas, y se llevaron también a Ramón Jiménez con las manos atadas.

Pasó mucho tiempo, y otra tarde cualquiera Ramón Jiménez volvió al lugar.

Una hora río abajo de donde estuvo la primera saca, Ramón Jiménez empezó a destilar de nuevo aguardiente clandestino.

El contrabandista se frotaba las manos de contento.

—¡Don Ramón, ahí viene un hombre por la ladera!

—Espí quién es.

Chepe subió, ocultándose en el charral. Luego bajó.

—Es Pedro Rojas.

—Mi’asustastes. Es de confianza.

Pedro Rojas entró al galerón de la nueva saca.

—¡Hola Pedro! ¿Idiay, qué t’hicistes que no has venido más antes?

—¿Qué hay Ramón?... Pos ahí siempre volando pala ende ñor Juaquín.

—¿Y Rosa, y Teresa y los chacalines?

—Alentaos. ¿Y vos?

—Pos aquí siempre con este confisgao negocio que no da pa sustos. ¡Idiay! ¿Pos no supistes que me cayó el Resguardo?... Es lo pior ser uno confiao, alguien me acusó... ¿Querés un trago? Es guaro’e cabeza, toavía está tibio, como p’almadiar al más juerte.

Pedro tomó la jicara y la vació en dos tragos.

—¿Qué tal está?

—De paladialo.

Dos palomas moradas, volando bajo, aspiraron el olorcillo y tornaron a pasar después.

El río desaguaba mudo, haciendo azulejos.

—Mbré, Ramón...

Ramón Jiménez ponía leños en el fuego.

—Mbré, Ramón... —volvió a musitar Pedro—. Yo jui el que te denuncié a l'autoridá.

—¿Vos?... No, Pedro, no juistes vos, primero dudo si jui yo mesmo.

—Pos como l'oyís... Necesitaba plata, y no hallaba d'ionde cógela.

Las frases fueron saliendo a pedazos. Lentas, crudas, pero sin lugar a duda.

Ramón Jiménez se sonó la nariz, y bañó una mirada triste en el río.

—Y, hora... ¿pa'qué me lo venís a contar?

Una rana de colores se zambulló en el agua.

—¿Pa qué me lo venís a contar?!

Pedro inclinó su cabezota, que era como una talla en granito.

—Es que la concencia m'está jodiendo.

La montaña

Todavía estaba oscuro cuando salieron.

Selim Parijare y Celso Coropa iban a explorar un terreno baldío que el primero quería denunciar, e invitó a su amigo de siempre para que lo acompañara.

—Cojamos por esta ladera.

Cierto que pudieron haber dado la vuelta por el caminillo de los cornizuelos, pero resolvieron atravesar la enormidad de la montaña para llegar más pronto.

—¡Cuidao con una culebra!

Los dos hombres se escurrieron entre una maraña de bejucos y raíces, en un lugar en donde era desconocido el sol.

—¿Tu machete es Colin?

Chapeando con los cuchillos, que se quejaban con voces metálicas, adelantaron un buen trecho para entrar luego en un enredo mayor, y tuvieron que arrastrarse nuevamente entre la raigambre.

—Mejor hubiéramos agarrao por la picada.

Camaron varias horas, y para engañar la fatiga, se dieron a silbar en contrapunto un ternilla lugareño. En acompañamiento se oyeron matracas de pájaro carpintero y flautas de turpial.

—¡Ve vos qué raro!

Tropezaron con dos calaveras de venado entrelazadas por los cuernos. Selim Parijare y Celso Coropa trataron de separarlas y sin haberlo logrado las dejaron colgando en la horqueta de una ceiba, en cuyas ramas se pendulaba un congo.

¡Qué terreno tan quebrao!

Ya el sol entraba por donde podía, en rayos inclinados, redondos y calentaos. De árbol en árbol saltaban los pavones avisados, las ardillas temblorosas y los curres, con sus pintadas plumas y sus picos fenomenales.

—Eso que suena parece majafierro.

Llegaron a un desfiladero. En el fondo brillaba un riachuelo. Por las paredes subían aromas extraños de flores salvajes y frutas venenosas.

—Aquí hay un tufo a sajino.

Selim Parijare y Celso Coropa, colgando de las raíces, bajaron por el fragoso paredón y, entre la brava espesura de la profundidad, se hartaron de agua fresca.

—¡Tampoco seques la quebrada!

Muy alto, monos aulladores arrojaban frutas mordidas, y por todas partes se derramaban extraños cantos de pájaros que no se veían.

—¿Qué te parece si almorzamos?

Después que comieron, ambos hombres se echaron a modo de bueyes y guardaron prolongado silencio.

Celso Coropa recogió en la palma de su mano un rayo de sol y suspiró:

—¡Hay veces que no me gusta la vida!...

Frente a él, había como una tortura de raíces y bejucos.

—...Y hay veces que sí —añadió.

Entre la tortura de raíces y bejucos había una flor.

Después de una breve consulta interior, Celso Coropa se atrevió a decir.

—Hombre, Selim... He pensao irme de allá, de nuestro pueblo. Me han ofrecido trabajo en otro lao. Me pagan mejor.

Selim pensó en lo que debía aconsejar.

—Bueno, si es que te pagan mejor... —Y poco después—. ¿Cuándo pensás irte?

—Mañana mismo, pero...

Era mejor decirlo, confesarlo de una vez, sin rodeos, bajo el recogimiento de aquella gran catedral. Luego entraría en explicaciones, si fuera necesario. Selim lo comprendería. Fue siempre tan indiferente, tan pacífico, tan frío... ¡Y qué poco le importaban las cosas de amor!

—No me voy solo... —dijo temeroso, y luego con firmeza—: Jovita, tu mujer, se va conmigo.

Sobre el desfiladero pasó volando un quetzal y dejó un arcoiris.

Por fin los hallaron. Uno junto al otro. No aparecieron más que los esqueletos y los cuchillos.

Blancos aquéllos... Herrumbrados éstos.

Las horas

Tenía su rancho... pero dormía en su bongo.

Por las noches bajaba la vela cangreja y la tendía sobre la botavara a modo de un manteado, para cubrirse del sereno y de las estrellas errantes.

Antes de atrapar el sueño, a la hora de los recuerdos, miraba la Cruz del Sur, como la mira la punta blanca de una brújula.

En la ensenada, donde el pescador varaba su embarcación, había árboles atormentados y rocas carcomidas. Formas de madera y piedra esculpidas por los empellones de la marea.

A cuarenta pasos estaba su rancho, sombrío, por tener tres años sin que nadie lo habitase.

El pescador tenía mujer, pero un día, la mujer del pescador lo sorprendió besando a Laura, una muchacha de un lugarejo cercano, y sin más averiguaciones, sin palabras y sin escenas, se marchó a casa de sus padres.

El pescador se mudó a su bongo, porque ya en el rancho... nada tenía que hacer.

¡Tres años!...

Los canales, sucios de limo en las vaciantes, se ponían ambarinos en las crecientes, semejantes a conchaperla.

Tres años esperó Tana que Pablo fuera a buscarla; pero como no llegaba, vino Tana a buscar a Pablo.

Tres años de espera, de angustia y de celos. Y ahora llegaba ella, llorando de vergüenza, rabia y humillación por haberse decidido a venir a buscarlo. A buscarlo, sin que él la hubiera llamado. A perdonarlo, sin que él le hubiese pedido perdón. A entregarse, sin que él le extendiera los brazos.

Pablo la había dejado irse, sin hacerle una pregunta, sin manifestar un ruego, sin que mediara una sola palabra de aclaración... Pero ahora volvía ella, resuelta a definir aquel enredo.

Llegaba a decirle todo lo que había pensado en tres años. Quería pedirle una explicación; arrancarle a la fuerza confesiones, excusas y promesas... y después, según el aspecto que tomaran las cosas, quedarse con él condicionalmente o bien marcharse para siempre, quizá con una carcajada burlona... para castigarlo.

A veces estaba resuelta a quedarse, siempre que él le rogase, aunque fuera débilmente o siempre que él le diera una excusa, aunque fuera mentira. Pero él tendría que implorar, aunque no fuera más que con una mirada piadosa.

A veces estaba decidida a ofenderlo y a humillarlo, con el único objeto de desahogar aquel infierno de despecho aprisionado en su silencio... pero no tenía armas. Se le había trastornado el orden que había dispuesto para el abordaje. Llegaba vencida, porque ya no podía luchar un día más contra su orgullo. Era mucho lo que amaba al pescador. Ella misma ignoraba qué iba persiguiendo y de qué huía; lo cierto es que antes del encuentro estaba derrotada. Derrotada por veintiséis mil doscientas ochenta horas de espera y ausencia.

De allá, adentro, desde los canales o los pantanos, llegaban las ondas sonoras de un quijongo...

En esos breves silencios...

Cuando los rumores del mar están guardados en el laberinto de un caracol rosado.

Los recuerdos estaban dando la hora.

Tana entró arrogante y agresiva en el bongo, y el pescador la miró suavemente, sin levantarse de su banco.

Ella nada dijo. Olvidó todo lo que había pensado decir. Se echó a los pies de su nombre, en la más dolorosa de las humillaciones... y le besaba las piernas. Luego levantó la vista y sonriendo lo miró, suplicante, con los ojos anegados. Después, reclinó su cabeza en el regazo del pescador. Estaba cansada, desfallecida.

Pablo le acarició la frente con la mano... y ella se quedó dormida.

Igual que cuando tocamos una de esas plantas sensitivas que conocemos por acá, con el pintoresco nombre de “dormilonas”.

El camino

Entre dos paredones de tierra colorada, estrujado y profundo, han tirado el camino cuesta abajo, ahondándolo a fuerza viva en el espinazo de la ladera.

Allí se derrumban los precipicios llorando soledades.

La lluvia...

La noche...

La lluvia se puso a rodar piedras al declive. La noche se quedó callada para oír los tumbos.

Tumbos en la noche, cortada en pedazos por los relámpagos.

El camino estaba hecho un río.

Por ese camino bajaba una carreta.

El boyero no podía detener a los bueyes que patinaban cuesta abajo, por el declive resbaladizo.

La carreta llevaba un manteado.

El golpe de los ejes en los cubos hacía ruido de matraca. Contestaban largo los barrancos. Era como si las montañas estuviesen rezando.

Debajo del manteado sonaban quejidos.

Al lívido fognazo de los relámpagos, sobre los hombros de los riscos, el cielo chorreaba plomo.

Los quejidos eran de mujer.

Cayó de rodillas un buey. El impulso lo arrastró untándole el hocico de barro. El otro buey bufó un dolor de pescuezo que se hundió en la tierra. La carreta se ladeó chillando, junto a un paredón.

El boyero se asomó bajo el manteado. La mujer estaba ahora callada. Parecía dormida.

¡Era preciso llegar bien pronto donde el doctor!

Un chuzazo levantó al buey caído, y la carreta se echó a resbalar de nuevo, mordiendo la gravedad.

Volvieron los quejidos.

El viento se enredó en el charral de un hoyo; cuando logró desatarse, arrancando hojas, se dio a correr sobre toda la longitud de la sierra.

Esta vez cayeron los dos bueyes, y sus cuatro ojos fosforecieron como carbunclos.

El boyero soltó una maldición que traía prensada entre los dientes.

Nuevas punzadas de chuzo hicieron levantarse a los bueyes.

Desde lo alto venían rodando piedras.

La carreta tomaba velocidad. El boyero, trotando de espaldas cogió por los cuernos a los animales que resbalaban con las patas estiradas hacia adelante, combado el tronco, arrastrando los hocicos.

—¡Jesa!... ¡Jesa!... ¡Jesa!...

En el saliente de un paredón, arrastrados por el declive, los cuatro cuernos de los bueyes quedaron ensartados. El yugo había prensado al boyero por el vientre. Allí quedó un momento sin resuello, mientras se fue escurriendo por entre las patas de los animales. Empezó a destorcerse, respiró hondo, con un estertor. Se puso de pie y soltando otra maldición castigó a los bueyes.

La carreta resbaló nuevamente bajo los meteoros. Bajo los meteoros un poco ya sosegados. La tormenta fue quedando atrás. El viento se alejaba. También la lluvia. La noche se disolvía. El camino menos empinado... El boyero. Los bueyes. ¡La aurora!

Se hizo el día.

Ahora, por la carretera horizontal y sabrosamente buena, la carreta trazaba sus líneas paralelas. Había farándula o fiesta en el salto de las compuertas. Las decoraciones en las ruedas eran como estrellas dando pasos sobre la palma bendita del camino.

Un jilguero de campanillas despilfarró un tesoro de canto en tres o cuatro segundos.

Llegó la carreta frente a la casa del doctor del pueblo y allí se detuvo. El boyero tomó en sus brazos a la mujer y la metió en la casa. Afuera un buey se echó, después el otro. El boyero también se echó en un rincón de la enfermería.

El doctor.

La enfermera.

El doctor entró al cuarto arrollándose las mangas de la camisa. La enfermera fue a la cocina a traer agua caliente.

Todo quedó un momento comprimido en el silencio.

Cuando la enfermera volvió con el agua, halló que el doctor iba saliendo de la enfermería santiguándose.

—¿Murió la pobre? —preguntó angustiada.

—No —contestó el doctor—. La mujer está bien. El que murió fue el boyero. —Y derramando las palabras en el zaguán:

—¡Ese hombre venía muerto!...

El chilamate

Este hombre vivía en tierra caliente, y el sol arremetía implacable sus llamas contra el patio de su casa.

El calor, enfurecido, requemaba la arena metálica y crujía en los tabiques encalados de blanco.

Un reflejo de chispa y ardor acuchillaba los ojos.

Todavía al atardecer, cuando el sol se corta en los dientes de la sierra, quedaban algunos diablejos de reverberaciones atizando los rescoldos en aquel horno del maldito patio.

Pero aquello tenía remedio.

El hombre se fue a un chilamatal. Eligió un árbol niño. Lo trasplantó al centro del patio, y esperando pacientemente que creciera para aprovechar la sombra, se hizo viejo.

Casi no hablaba con su mujer. Al principio, cuando se la llevó a vivir con él, era bueno y cariñoso; pero, a la par del tiempo, tuvo la sensación de que su mujer... era una vieja de madera; y permanecía viviendo a su lado, áspero y huraño.

Ella no protestaba; sin embargo, en su silencio inconforme tenía ganas como de herirlo de algún modo, para desquitarse de su degradación.

Bien. Resulta que el chilamate fue tomando altura y el hombre necesitaba que sus ramas se extendieran horizontalmente, para que cubrieran con su sombra el mayor espacio posible de terreno. Entonces podó el árbol y, en consecuencia, en lados opuestos del tronco brotaron dos hermosas ramas como brazos. Por otra parte, el tallo, no se sabe por qué, había crecido como dos piernas apretadas una con la otra.

Aquel árbol iba tomando formas escultóricas de mujer.

Y he aquí, donde empieza el problema del hombre. Todas las tardes, cuando regresaba de su trabajo, se sentaba a la sombra del chilamate a contemplar la nueva mujer de madera... y terminaba por ponerse a beber vino de coyol.

Su compañera lo observaba por entre las rendijas de la cocina, pero nunca decía nada.

El hombre sentía sobre él las miradas de su mujer, pero tampoco decía nada.

En cierta ocasión oyó decir que la sombra de los chilamates era mala; que hacía daño a quien se sienta bajo su frescura y que producía la muerte con su llanto de la tarde.

Él no creyó en aquello, pero siguió bebiendo vino de coyol en la cocina.

La mujer se mudó de la cocina a la sombra del chilamate, a tejer canastillas de burío.

El hombre contemplaba a la mujer y el árbol, y cuando se le alojaban en la cabeza los vapores del fermento, empezaba su confusión, y ya no sabía cuál era el árbol y cuál la mujer. Se le había hecho un trastorno, y para descifrar aquel embrollo, seguía bebiendo grandes cantidades de vino de coyol.

Una noche, el hombre se levantó y pasó su mano callosa sobre el cuerpo del chilamate. Luego la retiró asustado porque había experimentado cierto placer. Se metió

en la casa y le dijo a su compañera que a la mañana siguiente tomaría el tren para San José...

Y a la mañana siguiente se marchó.

Dos semanas después el hombre volvió a su casa.

Aquella huida hacia climas fríos le serenó un poco el espíritu, y le había aplacado la sed de vino de coyol. También estuvo pensando en su mujer con extraña ternura.

Fue preciso alejarse unos cuantos días de ella, para descubrir que aún la quería... buena, triste, callada, haciendo canastillas de burío, a la sombra dañina del chilamate.

Le llevaba un regalo. Unas lindas argollas de oro. Iba dispuesto a cambiar con ella. Iba resuelto a volverse atento y cariñoso, como había sido al principio, cuando era joven y se la llevó a vivir con él.

Algunas veces pensaba también en su árbol, ¡su querido árbol!, al que no permitía que se le tocara ni una hoja... a pesar de que su sombra era mala.

Al llegar al pueblo, un vecino le contó que su mujer tenía cuatro días de enterrada.

El hombre se sintió herido, entró en su casa y corrió al patio.

Estuvo inmóvil... hasta que el sol empezó a cortarse en los dientes de la sierra, dispuesto a vengar a su vieja, con las argollas de oro dobladas en el puño, frente al árbol asesino... Mirando con asombro la asombrosa sombra del chilamate.

Después... descolgó el hacha.

Una noche

Un sábado, bajo una tarde pintada con colores de mango maduro, caminaba hacia la costa Luis Gaitán.

Llevaba al hombro pico y pala. En la cintura un puñalito.

“Cualquiera creería —iba pensando a su modo— que voy a matar a alguien, y aquí llevo pico y pala para darle sepultura.”

Y le dio un escalofrío de miedo.

¡Este Luis Gaitán!... Padecía de exceso de imaginación y de serenatas con guitarra. Era tan pintoresco y sencillo, como buen sabanero y domador de potros. Valiente como nadie, y sin embargo... les tenía miedo a los muertos.

A la izquierda, había una laguna.

A la derecha, sombreaban el camino los altos mangos, con sus racimos pintones, colgando hasta tocar el suelo.

Una multitud de garzas se desprendió, como si se hubiese echado a volar la laguna.

De las piñuelas y los cornizuelos salían las iguanas, atravesándose en el camino; igual que los recuerdos desagradables.

Luego... pasó la sombra de las garzas arando la llanura.

Luis Gaitán cambió de hombro a pico y pala y de asunto al pensamiento.

Iba a encontrarse con Cristóbal Chamorro en la bodega solitaria de El Resguardo, donde dormirían, para salir al día siguiente, con los primeros bostezos de la madrugada, a escarbar una guaca chorotega.

Se aseguraba que en aquel lugar había vasos preciosos, colgantes de jade, águilas, lagartijas y ranas de oro. También se decía que era de mal agüero tocar aquellos entierros de indios.

Irían a pie, porque en la trocha entraban con dificultad las bestias, y además no querían regar sospechas de su propósito; por lo tanto, dejaron sus cabalgaduras en el caserío.

Ahora, al derramarse la noche, rompían a meter inmensa gritería los congos, como si estuvieran destruyendo toda la península.

A la cabeza de Luis Gaitán, volvió aquel extraño presentimiento que lo había asustado unas horas antes:

“¡Algo malo va a pasar!...”

Ya en la noche vertida, noche de media luna y Orión, fue llegando el sabanero a la playa.

Aquí, un sumidero roncador. Allá, un cementerio de conchas encalado por la luna; y muy lejos, apenas visible, como una angosta serpiente luminosa tendida en lontananza, la Bahía de Culebra.

Ocultándose entre la sombra de los matapalos, se acercó Luis Gaitán al viejo muelle invadido por los mariscos. Al frente queda la bodega de El Resguardo: una solitaria barraca de madera y cinc.

Madera tostada por el sol, y cinc herrumbrado por la sal.

Luis Gaitán empujó la puerta cachazuda y gritona. Una huida de murciélagos removió el calor, y se oyó el paso asustado de las iguanas.

Entró primero un cuadrilátero de luna, y después el sabanero. Cerró la puerta y no quiso encender lumbre, para que no se escapara por las grietas de las tablas y fuera a llamar la atención de algún guarda noctámbulo.

Allí estaba Cristóbal Chamorro, dormido en el suelo, en el más oscuro de los ángulos.

—¡Pst!... ¡Cristóbal!...

Cristóbal Chamorro no se movió.

—¡Pst!... ¡Cristóbal!... ¡Cristóbal!...

Tampoco se movió.

Una cinta de luna entraba ahora por una rendija, dando sobre la cara de Chamorro.

Gaitán se acercó, cerciorándose de que aquél era su amigo, y después se fue a acostar en otro ángulo del barracón... Pero no pudo dormir.

Oía el trote de las iguanas y el aleteo de los murciélagos que pasaban abanicándole la cara.

Otra vez, lo atormentó aquel temor infundado:

“¡Algo malo va a pasar!...”

Hay noches en que revolotean millones de espíritus siniestros, entre las oscuras cavernas del pensamiento.

Muy lejos, solfeaba un alcaraván, y muy cerca se oía a los tecolotes brujos, pronosticando sus augurios.

De pronto, Luis Gaitán abrió los ojos espantosamente redondos, sintiendo que toda la sangre se le había acumulado en la cabeza.

“¡No! ¡No! ¡No puede ser!...”

Sé mantuvo quieto, aturdido, mirando fijamente el bulto informe que la penumbra le dejaba ver de su amigo.

¡Luis Gaitán, les tenía miedo a los muertos!

“¿Por qué —pensó— Cristóbal Chamorro no había respondido, si lo llamó repetidas veces y con voz fuerte?...”

Y se le reprodujo la imagen de la cara de su amigo, iluminada por una banda de luna.

Chamorro estaba amoratado, con la boca abierta, y con esa espantosa quietud que tienen los muertos.

Trató de calmarse, reprendiéndose a sí mismo y después:

—¡Eh!... ¡Cristóbal!... —gritó con una voz que ya no era la suya.

Cristóbal Chamorro, permaneció inmóvil.

Fue, entonces, cuando el sabanero, tragando puñados de aliento, se puso de pie y se acercó a su amigo. Un grito aspirado se le metió en las entrañas. El brazo izquierdo de Cristóbal, descansaba sobre un reguero de sangre.

Se atrevió a tocar la mano. Tenía una humedad fría. Se dio cuenta de que se había untado sus propios dedos de sangre.

Sintió que le venía un vómito por el espanto, y se limpió la mano en la pechera de su camisa.

Caminando de espaldas, aterrado, y con un frío extraño en las raíces del pelo, llegó a su rincón, en donde se tumbó a pensar en lo que debía hacer.

Afuera aullaban los coyotes.

“¿Avisar a las autoridades?...” ¡No! Sería aprehendido inmediatamente. Su camisa estaba manchada con sangre, y llevaba un puñal consigo.

“¿Huir?... ¿Para qué?... ¿Hacia dónde?...” Sería un agravante y al fin lo encontrarían. Además, don Gaspar Vallejo, su cuñado Samuel y Gregorio Burgos, sabían que andaba con Chamorro en busca de aquella guaca, y alguna gente lo vio caminar en dirección a las playas, tratando de pasar inadvertido entre la sombra de los matapalos.

Miró el cadáver desde su rincón. Ahora, en la oscuridad, creía ver a los vampiros arrastrándose torpemente, miserablemente, con ayuda de sus diabólicas alas membranosas, chupando la sangre derramada. Una sangre negruzca.

Afuera seguían los coyotes agujereando la noche.

Adentro, aquellos horribles vampiros hartándose de sangre, los cuales, una vez llenos, aleteaban el silencio que había, entre las sombras de aquel odioso barracón.

“¿Algo malo tenía que pasar!...”

¡Cuánta razón tenía el viejo don Gaspar cuando le dijo sentencioso, que era de mal agüero robar un entierro de indios!

Luego se preguntó: “¿Quién pudo haber asesinado a Cristóbal Chamorro?... ¿Para qué?... ¿Acaso tenía enemigos?... ¡No!... ¿A ver?... ¡Sí!: ¡Gregorio Burgos!... Burgos lo odiaba rabiosamente, porque Chamorro lo acusó de haber robado unos novillos, y Gregorio sabía que esa noche iba a dormir en el barracón.”

A ratos sentía un escalofrío, al pensar que estaba solo, acompañado a un cadáver.

Entonces se hundió en una confusión anormal. Después resolvió no echarle la culpa a Gregorio Burgos, y admitir la verdad. ¡Una espantosa verdad!: ¡Fue él mismo! Él lo mató con su puñal. Lo mató al llegar, cuando se le acercó la primera vez. Lo mató en un arrebato subconsciente. Lo mató porque quería destruirlo. Lo mató para ir solo a coger el tesoro de la guaca. ¡Fue una locura!...

Varias veces, en el camino, lo había tentado la codicia de no tener que repartir el oro de la guaca con nadie. Era como una cantárida venenosa que revoloteaba, con sus elipses verdes, alrededor de su cabeza. Luis Gaitán la espantaba con horror, pero la cantárida volvía con su zumbido obstinado, y al fin lo picó... trastornándole la cabeza.

Pero ahora estaba arrepentido, porque ya había pasado la locura, y también, ¡oh prodigio!, había perdido el miedo a los muertos... a los muertos... a los muertos...

Luis Gaitán estaba destrozado.

“¿Qué hacer?...”

Dio media vuelta y tropezó con la pala y el pico.

“¡Eso es!... ¡Enterrarlo!...” ¡Tenía que ocultar su crimen!

Era preciso, sin perder tiempo, abrir una fosa y sepultar el cadáver.

¡Para eso había traído sus herramientas!... Enterraría el cadáver, con todos los utensilios. Haría una nueva guaca de objetos de acero. Así, todo quedaría oculto desde aquella misma noche. ¡Nadie sabría nada!... A Cristóbal Chamorro, se lo tragaría el misterio. ¡La noche estaba magnífica para enterrar a un muerto!

Se volvió boca abajo. Se puso a gatas, todavía sin valor, sin aliento, sin fuerzas para ponerse de pie, y empezó a arrastrar consigo la pala y el pico, avanzando de medio lado, lentamente, como un cangrejo herido...

—¡Luis!...

Luis Gaitán, con un movimiento rápido, se volvió boca arriba. Frente a él, estaba de pie, Cristóbal Chamorro.

—¿Idiay? —dijo éste—. ¿Qué diablos estás haciendo?

Luis Gaitán no contestó. No podía contestar. Miraba a su amigo, con los ojos fijos, espantado, sin comprender nada.

—Levántate, hombre —añadió Chamorro—. Vamos pronto a buscar la guaca, que ya está aclarando.

Luis Gaitán se levantó apoyándose en la pared. Se frotó los ojos. Miró por una grieta que empezaba el día. Se estrujó con ambas manos el cerebro. Luego, se dirigió caminando lentamente, hacia el rincón en donde había dormido Cristóbal Chamorro.

En el suelo había una mancha negruzca.

—¿Qué es eso? —preguntó idiotamente.

—Una mancha de café negro —contestó Cristóbal—. Anoche se me regó la botella. Llegué tan cansado, que me dormí encima del charco y me manché la manga de la camisa. —Y agregó—: No te sentí cuando llegaste. ¡He dormido como un muerto!...

En Oriente había un surtidor de rosas.

Luis Gaitán, soltó una carcajada ruidosa y extensa como la llanura.

—¿Por qué te reís?

—¡Por nada!...

El cayuco

A bordo del cayuco —angosto y largo—, iban cuatro hombres y una mujer: el negro Williams, el tuerto Felipe, el zurdo Miguel, el nica Rivas y la parturienta Julia María.

Hacia la medianoche habían salido del menesteroso caserío Golden Grove y, a fuerza de canaletes y palancas, navegaban aguas arriba del Reventazón, rumbo a Cambo el desembarcadero.

El negro iba en la proa, porque veía en la oscuridad con ojos de lechuza; los otros hombres canaleteaban y la mujer, con el estorbo de su embarazo, achicaba y achicaba con el guacal de achicar.

Ahora bien: Tan pronto llegasen al desembarcadero, caminando a través del bananal llegarían a la plataforma Montecristo y luego, a la Unidad Sanitaria de El Carmen.

Por ahí, el Reventazón, de unos cien metros de ancho, serpentea por tantos recodos que las constelaciones circunvolaban en torno del cayuco. Las aguas achocolatadas arrastran ramazones que ponen a riesgo la navegación. En ambas riberas se bosquejaban los crujientes bambúes, las plantas de yute, la caña brava y los lirios silvestres.

—¡Cuidao, que viene un árbol grandísimo por la mitad del río! —gritó el zurdo Miguel.

—Mi verlo hace rato —dijo el negro—, agarra por la curva de la derecha; apagar focos. Mi ver más mejor en la oscuridá.

—¡Juemialma, qué tronco! —masculló el nica.

El árbol muerto pasó a babor como un espantajo.

—¡Ay! —se quejó la mujer acariciando su barriga.

Los cuatro hombres sé miraron en la oscuridad.

—¡Esta muchacha va'parir en el cayuco! —musitó el tuerto.

—¿Cuánto falta pa llegar a Cambo?

—Unas dos horas y otra onde la partera.

Los cuatro hombres canaleteaban con fuerza y la mujer, con la incomodidad de su barriga y reprimiendo sus dolores, achicaba con el guacal de achicar.

Un nuevo dolor hizo a la mujer exhalar un sordo gemido.

—¡Aguanta, aguanta! —dijo el negro desde la proa.

Y la mujer: —¡Usté se calla, negro chumeca!

El cayuco se llenó de risas y estas risas calmaron en algo el nerviosismo. Ahora, Las Siete Cabritas se refugiaron tras una nube y se enfrió el relente de la noche. El nica cobijó a la mujer con una manta.

—¿Quién sabe aquí algo de partos? —preguntó Julia María, con los ojos lagrimosos.

—Yo no.

—Yo tampoco.

—Yo menos.

Nadie.

—Yo sí —dijo la mujer—. Una vez, junto a la comadrona ayudé a mi madre cuando nació mi hermanito. —Y añadió—: Aquí, en esta canasta traigo ropa limpia, mantillas, tijeras, otras cosas y dos botellas de agua llovida... —Y añadió autoritaria señalando al zurdo—: ¡Usted, Miguel, me v'ayudar!

—¿Yo? —quejóse el zurdo con la mano en el pecho.

—Sí, usted, Miguel Calero. ¡Venga acá! Tráigase una linterna. Lávese las manos. Aquí hay jabón. Yo le voy diciendo lo que debe hacer. ¡Pronto!

El zurdo Miguel obedeció temblando de miedo.

—¡Qué pendejos son los hombres! —murmuró Julia María—, y se arrecostó lo mejor que pudo vuelta hacia la parte posterior del cayuco.

El nica, el tuerto y el negro se refugiaron hacia proa, mudos, bogando con más vigor, rumbo a Cambo el desembarcadero, a orillas del bananal. Entonces se extendió un largo susurro donde se mezclaba el chapoteo de los canaletes, el monólogo del río y las indicaciones en secreto de Julia María.

De pronto, ¡oh prodigio!, se oyó el llanto de un niño.

—¡Es un negrito! —exclamó el zurdo Miguel—. Un lindo negrito achocolatado, con su pelito pasuso.

—¡Ah, ja, já! —desahogó su ansiedad el negro Williams, con una inmensa risa saturada de orgullo paternal.

Luego, durante unos quince minutos tomó el susurro, con las últimas indicaciones que la parturienta hacía al zurdo Miguel... y el llanto del negrito.

—¿Seguimos para el desembarcadero? —preguntó alguno.

—¡No! —gritó la mujer—, todo está bien, gracias a Dios. Devolvámonos pal rancho.

El cayuco viró en redondo y se deslizó escurridizo a merced de la corriente.

Amanecía.

Sonaron las flautas de los agüíos... y los broncos bramidos de los congos.

Un grito

Lo había perdido todo. La tierra, la casa, el sembrado.
Todo lo había perdido. La voluntad, la ilusión, el tiempo.
Hacia la mitad del día, entregó sus bienes al acreedor. Entregó íntegra su hacienda, junto con sus diez años de trabajo.
Su nombre... Matarrita.

Fue allá, por las altas cumbres de Santa María de Dota, donde llegó cierta vez, solo, como caracol ermitaño buscando tierras anchas y milagrosas.

También quiso que hubiera playa para tener, de tarde en tarde, dónde echar a navegar la vista.

Durante diez años fue transformando en labrantío el campo que encontró obstinado en la apretada montaña. Construyó una casa, pegó en las paredes algunos cromos y aprovechó la callada atención de las cosas, para conversar con ellas.

Durante diez años se levantó temprano para descubrir en la siembra, con los primeros resplandores del día, los últimos brotes de la noche...

Y aquella mañana llegaron a decirle que ya nada de aquello era suyo.

Había obtenido un préstamo con un logrero y... cuando los intereses empiezan a acumularse, simultáneamente la tierra empieza a cambiar de dueño.

Llegaron con un pliego de papel, y con la pequeñez de este pliego envolvieron ¡todo cuanto encontraron!

Matarrita nada dijo. ¿Qué va a decir un ignorante?... Todo lo había perdido. Hasta el ánimo de buscar una solución.

No tuvo una súplica; tampoco una queja.

Aún más, añadió una sonrisa.... y se guardó la pena.

Al atardecer ensilló su caballo y se marchó, abandonando diez años de sudores y congojas, que quedaron plantados en la tierra para cosecha de otro.

Paso a paso se fue alejando de sus sembrados, como quien se marcha de una fiesta donde se han derrochado demasiadas energías.

En aquellas desordenadas cumbres, durante la época de las cilampas, el frío atormenta las articulaciones y desconcierta el espíritu. Era la época de las cilampas.

Matarrita se metió las orejas debajo del sombrero, se frotó la nariz y apretó con las piernas la panza del caballo, para calentarse con el vaho.

El viento de agua, a una velocidad disparatada, aullaba como perros con miedo.

Por allí vivía su novia, con sus padres los Ortegas.

Matarrita pensó que debía visitarlos para contarles su fracaso y para aplazar la boda convenida.

La casa toda estaba cerrada. Llamó a la puerta repetidas veces. Nadie respondía.

—¡Upe!... ¿No hay nadie?... Soy yo, Matarrita...

Esperó unos segundos y llamó de nuevo.

—¡Ñor Ortega!... ¡Mela!...

Acercó el oído a la puerta.

—Soy yo... Matarrita...

¡Cuántas cosas pensó que podría decirle a la muchacha! ¡Cuántas ganas tenía de que le dieran un jarro de café caliente! ¡Qué gran deseo de fumarse un cigarrito, sentado junto al fogón de la cocina!

Luego, pudo observar que una de las hojas de la ventana se entreabría unos centímetros.

—Soy yo... Matarrita...

La ventana se cerró y pasaron el picaporte, pero la puerta no se abría.

—Bueno —se dijo, mientras reanudaba su camino hacia El Empalme—, esto también se acabó.

Le quedaba su padrino, Ñor Aguilar, que vivía no muy lejos, en una planicie talada, a quien no visitaba sino de año en año, para llevarle algún regalito el día de su santo.

Allí, con seguridad le darían un jarro de café caliente.

Torció riendas a la izquierda y luego llamó a la puerta.

La llovizna, casi horizontal, aporreaba las paredes y el viento sacudía constantemente una plancha de cinc mal enclavada.

—¡Padrino!... ¡Aquí está su ahijao Matarrita, con mucho frío!...

Pero tampoco la puerta se abrió.

Matarrita, asomándose por una rendija del tabique, pudo ver que la casa estaba sola. Luego miró alrededor. Había en torno como una pesadilla de desolación y abandono. Era el espectro de la borrasca que en las cimas desabrigadas espanta a los montañeses, quienes huyen buscando los bajíos.

Más allá, ni un rancho, ni un alma, ni un pájaro. Sólo el inmenso robledal, fantástico y despiadado.

Por un instante, pensó en el calor sabroso de la Bahía de Moín.

Ahora, el viento de agua en su trágica carrera cambiaba de paraje y por momentos se acumulaban monstruos de apretada niebla.

Los friolentos robles han tenido que cubrirse con musgos y los más añosos se dejaron crecer su “barba de viejo”. En las axilas de las ramas tiritan las orquídeas, y se descuelgan por los bejucos los quejidos del robledal.

A veces, una alita de huracán lanza cuchillos de doble filo y, con un estremecimiento, todo el robledal gotea. Pero en el suelo hay una muchedumbre de hongos que tienen forma de paraguas.

Al llegar a El Empalme, Matarrita se apeó del caballo. Lo cogió por la brida y lo puso de cara a Santa María, dándole un latigazo en las ancas. Acababa de recordar que el caballo...tampoco era suyo..

Miró hasta donde pudo a la bestia trotando hacia el potrero, y se frotó las manos libres de riendas.

Fue entonces cuando se dio cuenta exacta de su angustiada soledad. Se sintió aislado, sin ninguna atadura, sin ninguna querencia, sin ningún derrotero. Y mientras caminaba con su lío de tristezas, se iba extraviando por un atajo estrecho y barroso, en el robledal velado por la neblina.

Iba tropezando con los bejucos y la maleza, que se prendían a sus piernas como plantas carnívoras. Iba deshecho, lamentablemente perdido, entre aquel tenebroso de horcas con sus cuerdas colgando, mientras la noche se le venía encima, cargada de silencio.

Entumecido el cuerpo por el frío, turbia la mirada por la bruma, embotado el cerebro con las amarguras, tuvo de pronto la extraña impresión de que había muerto.

Lo sorprendió el temor de que, en un arrebato inconsciente, se hubiese colgado de cualquier bejuco, aceptando la insistente invitación al suicidio que, durante toda la tarde, había venido susurrando una voz a sus espaldas.

Entonces creyó que debía convencerse a sí mismo de que aún no había muerto. Tenía que hacer algo para solucionar aquella necesidad de volver a la vida...

Algo que fuera como una liberación o un desahogo. Algo para dar un hervor a la sangre y un consuelo al alma. Algo para romper el silencio y espantar la tristeza... Algo que tuviera, en un momento dado, el poder milagroso de cambiar el espíritu demasiado confuso de las cosas...

Y lo encontró.

Se llenó los pulmones de aire, y soltó un prodigioso grito de alegría, que hizo temblar el robledal.

Ayer conocí a Matarrita. Me contó su historia. Vive tranquilo en la Bahía de Moín, y se ha dejado crecer su barba de viejo. De tarde en tarde echa a navegar su vista sobre el Mar de las Antillas.

El beso

—¿Cómo murió Miguelito Ureña?... Voy a contarle: murió ahogado.

—Pero... ¡si Miguelito Ureña sabía nadar!...

Junto a un pedazo de cielo dormido en el lecho del río, con los ojos suplicantes prendidos de una quimera y las manos temblorosas apretujando una caña de bambú, vivía muriéndose de tristeza el pescador de barbudos¹.

El pescador de barbudos se llamaba Miguelillo Ureña, y Miguelillo Ureña que aún no caminaba la legua de los quince, se había enamorado hasta las lágrimas de una muchacha cinco años mayor que él: Rita Camacho, que vivía del otro lado del río, frente a la poza, detrás de los bambúes orilleros.

Rita Camacho, quien en aquellos últimos años, como por encantamiento, se había transformado en algo muy parecido a un apretado racimo de naranjas de las mejores.

Desde aquí, muerto de sed, el pescador de barbudos miraba y miraba, por entre los vacíos de los bambúes, cómo la Rita Camacho iba y venía en sus quehaceres, desafiando con sus ondulaciones las ondulaciones de las nubes.

A veces las nubes eran osos blancos sumergidos en el río, a veces eran dragones de la tarde, y Miguelillo se quedaba prendido en sus escamas de oro, terminando por dormirse agarrado a su caña de bambú.

La noche le abría los párpados, con las puntas de las estrellas.

Al día siguiente se repetían todas las cosas: la mansedumbre del agua, los sauces mirándose en el río, el secreteo de los bambúes, el silencio de las piedras, la navegación de las hojas amarillas, los osos y los dragones.

De tarde en tarde, Rita Camacho bajaba al río a llenar su tinaja, y entonces el corazón del pescador sonaba como una tambora.

—¡Hola, Miguelillo! ¿Has pescao mucho?

—Así, así. Ahí va pa usted el más grande.

Y a los pies de la muchacha caía lo mejor de su pesca. Así habría querido también arrojar su corazón, grande y deshojándose como una chira² de plátano.

Pasaban los días y la tortura no pasaba. Miguelillo Ureña, siempre junto a la poza del río, con el alma prendida de los hilos de una mirada amorosa, blasfemaba y sufría, tirando piedras en la mitad del remanso.

Piedras que originaban círculos concéntricos que crecían muriéndose, silenciosos, lo mismo que quien no tiene a nadie a quien contarle sus angustias.

Una tarde llena de humo de sol, llegó Rita Camacho a la orilla del río meciendo el racimo jugoso de su cuerpo y, enseñando al sonreír sus dientes como el velloncito blanco de los cuajiniquiles³, preguntó a Miguelillo con ingrata coquetería:

—¿Te gustó?

El pescador de barbudos habría querido contestarle:

“¿Que si me gusta?...Pero, ¿no ve usted que me estoy muriendo, poquito a poco por su culpa?... ¿Que estoy a punto de echarme a llorar? Pero, ¿no sabe usted que cuando un

¹ pequeños peces de río.

² espata del plátano, de color rojizo y forma de corazón

³ semillas del árbol cuajiniquil, las cuales están envueltas en una pulpa muy blanca, dulce y aterciopelada

muchacho de mi edad se enamora así, de una mujer toda hecha, llora y maldice y blasfema como una montaña ardiendo?”

Y nada dijo. Bajó la cabeza como con vergüenza y se atrevió a sonreír un poquito. Un poquito apenas.

—Adiós, Miguelillo. Ahí te dejo con tus barbudos.

Y Rita Camacho se fue, llevándose, para doble martirio, su reflejo en el agua de la poza.

“¡Como la quiero!...”

Habría deseado también suplicarle:

“Espéreme usted. Dentro de cinco años, tendré veinte...”

¡Esperar cinco años! —se dolió—. Sí. ¡Esperaré cinco años! ¡Mil años, si fuera necesario!... Entretanto tengo que trabajar. Pero, si trabajo, ¿quién la mira?...

¡Cuántas ganas sintió de no quererla, para volver a ser feliz!

Una noche calentita, Miguelillo, estirándose para crecer pronto, se quedó dormido en la hamaca de su casa. Entonces se le repitió el sueño disparatado que había sufrido otra noche:

Bailaban los sauces y los bambúes, y las piedras grises del río jugaban con aros de agua. A veces pasaba Rita sin tocar el suelo. Luego, las nubes borraban la casa y todo desaparecía; menos aquello, lo único que era verdad, porque todo era falso: el río, los árboles, la casa, menos el amor...

Después, aquella casa. La casa de Rita surgía de nuevo y era una casa de cartón con las puertas de papel. ¡Qué fácil era romper aquella puerta!

Miguelillo quiso correr a romperla, pero estaba sembrado en la tierra y cada dedo de sus manos se prolongaba en una caña de bambú, delgada, nudosa y amarilla.

Para llegar hasta Rita Camacho, había un camino, largo como un siglo.

Miguelillo despertó.

Le vino un deseo incontenible de correr a la orilla del río, para mirar aunque no fuera más que eso, la puerta cerrada de aquella casa, en donde se había alojado todo su mundo interior.

Dio un salto y salió corriendo cuesta abajo, quebrando ramas como un huracán.

Se abrió campo entre los bambúes y vio a Rita Camacho.

Vio a Rita Camacho...y vio algo más. Vio que alguien la besaba...Un guapo del lugar. Nada menos que Juan Ramón Santana.

¡Fue un beso que no terminó jamás!...

Inmensos aros de agua. Circunferencias luminosas que se extendieron turbulentas... Enormes, como una pasión...

Luego... el eterno silencio de las piedras. Los bambúes hablando en secreto. El arrullo encubridor del agua. La constante navegación de hojas. Y la noche llena de limaduras de estrellas.

“Entonces le respondió Pedro, y dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas”.

ANEXO

El ocaso del dios Pan

*Cuento Mitológico a Rubén Darío
“Panida Centroamericano”*

Caprípedo y bicorne, el dios Pan —personificación de la Naturaleza— ya viejo y achacoso, dormita sentado en la concavidad de una musgosa piedra, como un ícubo grotesco en un tronco grotesco.

Tiene en sus manos la melodiosa flauta de siete tubos, cortados de aquel haz de cañas en que se metamorfoseó la ninfa Sirinx a la orilla del río Ladón, cuando ya la alcanzaba el enamorado egipán de cornígera frente.

Es un claro del bosque sagrado del Cilenio, en la Arcadia del Peloponeso, rica en manantiales y ganado de pezuña hendida.

Ahora, en su senil letargo, el dios de cabrunas patas, siente un cosquilleo en varias partes de su híbrido cuerpo y, al rascarse con sus afiladas uñas, cae de sus manos la tubular siringa, en cuyos dulces sonos vibra aún el alma de la hermosa ninfa, que fue huidiza y recatada como pocas.

Despierta enojoso, y he aquí que halla a su alrededor un corro de hermosas ninfas de flotantes túnicas azafrañadas, que exhalan burlona y cascabelera risa, llevando en sus manos varitas de fresno, con las cuales le hacían cosquillas al dios viejo, ora en el pabellón de sus orejas puntiagudas, ora entre la pelambre de sus axilas, ora en su barriga de profundo ombligo, o en la sensible hendidura de sus pezuñas.

Entonces las ninfas —de eterna juventud—, empezaron a burlarse del fauno senil con despiadados términos, y una Dríada, desprendida de los encinares, habló de esta manera:

—Mira lo que queda de ti, oh ventrudo fauno de estrellado pecho celeste, deidad grecorromana, mensajero de Atenas, peregrino y estratega, dios de pastores y rebaños; hijo de nada menos que del alado Hermes y de la ninfa Dríope, de belleza sin igual.

Así dijo, y el caducante Pan, estirando lentamente sus cansadas patas de macho cabrío, sonrió con estoica indiferencia.

Todas le fingieron vasallaje mediante rítmicas genuflexiones con vocingleras risas, y una Náyade de cerúleos ojos, habló y dijo:

—¿Qué fue de tus pasadas glorias y de tus triunfales hazañas bélicas en las remotas Indias, en compañía del olímpico Dionisio, vinolento ya taumaturgo?...

—¡Evohé! —exclamaron las ninfas al oír el nombre del dios inspirador del ditirambo.

—¿Que de aquellas fastuosas Lupercales y solemnes Hecatombes que celebraban griegos y romanos en tu honor? ¿Qué de aquellos festines con profusión de néctar y ambrosía; escogidos vinos de Corinto, almibarados higos y amarillenta leche de ubérrimas cabras recién paridas?

Así habló, y Pan sibarita, sonriendo con su habitual dulzura acarició su barriga, hinchada como un odre.

Una Nereida, de níveos brazos, habló de este modo:

—Cuando naciste, oh gran Pan, el mismo Zeus tonante que amontona las nubes se recogió en su corazón, no obstante tu figura monstruosa, porque los dioses te hicieron de carácter alegre y seductor, y en tus años juveniles, raudo y bullicioso como Céfito, el de alas de mariposa; y ahora, ya viejo, crees capaz de correr graciosamente, coronado de pámpanos, haciendo mil cabriolas en lo alto de las escarpadas rocas?... Ya no puedes ¡ay!, producir dulces melodías con tu musical siringa, para deleite de todas las criaturas que pueblan los collados, los bosques y los ríos de esta excelente Arcadia, fontanosa y pastoril. ¿Son tus ojos aún como de linco, que miran a través de los troncos y las rocas?... Ya ni para ariete sirve tu cabeza cornuda, y son endebletes tus patas de macho cabrío. Tu barriga es como un tonel saturado de vino.

Dijo, y pinchóle el vientre con su varita de fresno.

El gran Pan, incapaz de conmoverse, siempre insensible, miraba con beatífica mirada el corro de juveniles ninfas de transparentes túnicas.

Una Oréada, de lindas caderas, pronunció estas hirientes palabras:

—Levántate, oh semidios mortal, y persíguenos si es que aún puedes retozar como lo hacías antaño, con tus lascivos arrebatos y tus eróticos clamores pánicos!...

Dijo, y añadió un insulto monstruoso:

—¡Sátiro impotente!

Fue cuando el dios Pan inclinó la cabeza con lentitud, como un tirso endeble de marchita hiedra.

Una preciosa danzarina de doradas trenzas, llegose al fauno menguante, lo fue a coger por su barba de chivo para levantarle la cornuda testa... y una perla cayó sobre su cóncava mano blanca como paloma blanca.

—¡Callad!... por piedad! —clamó la ninfa de doradas trenzas.

Y bajando la voz:

—Está llorando.